

**La dolorosa historia del amor secreto
de don José Jacinto Milanés**

1973

PERSONAJES

La familia de Milanés:

DON ÁLVARO MILANÉS, padre
DOÑA RITA DE FUENTES, madre

Sus hijos:

JOSÉ JACINTO
FEDERICO
CARLOTA
RITICA
CLEO
TERE

PASTORA, hermana de Doña
Rita

La familia De Ximeno:

DON SIMÓN DE XIMENO
DOÑA ISABEL DE FUENTES

Sus hijos:

FRANCISCO
JOSÉ MANUEL
ANTONIO
ISA

Los amigos:

DOMINGO DEL MONTE
RAMÓN DE PALMA
CIRILO VILLAVERDE

Los negros:

PLÁCIDO
MANZANO
POLONIA, esclava de Oviedo
CONTRAMAYORAL
CANDELARIA

SEBASTIÁN, calesero

NEGRO 1
NEGRO 2
ESCLAVOS

Los españoles:

EL ESPAÑOL, vestido de
Capitán General
LA ESPAÑOLA, su esposa

La imaginación de Milanés:

MENDIGO
MANUEL DE ZEQUEIRA
SERENO
JOSEFA LA ENDEMONIADA

Otros personajes:

LOLA
ESTEBAN SANTA CRUZ DE OVIEDO
EL INGLÉS
EL FISCAL
EL GOBERNADOR DE MATANZAS
PANCHO MACHETE
SACERDOTE
RAMERA
EL BANQUERO
MUJER QUE APUESTA AL REY DE
ORO
JOVEN QUE APUESTA A LA SOTA
DE COPAS
JUGADORES
TRES DEPENDIENTES
DOS HACENDADOS
TRES MUJERES
TRES NIÑOS
DOS MUCHACHAS ENJOYADAS

La escena

Al comienzo de la obra el escenario estará completamente vacío. Los muebles y la utilería serán traídos por negros. Una vez que se coloque algún objeto, este debe permanecer en escena el resto de la obra, de modo que el escenario se llenará de muebles, útiles de trabajo de los esclavos, objetos de adorno, y se crearán caminos, espacios donde actuar y sentarse, aunque no sean para estas funciones, y tomará el aspecto de un lugar que ha permanecido cerrado mucho tiempo, donde nadie ha entrado. Todo debe parecer como cubierto de polvo y telarañas.

Los personajes deben recordar objetos de museo, figuras de cera en vitrinas empolvadas o momias envueltas en sudarios. Pueden estar vestidos con trajes de la época, pero en ningún momento darán idea de riqueza o brillo, sino de algo que está desintegrándose. Las ropas estarán amarillentas, rotas (no por el uso sino porque han estado guardadas mucho tiempo). Los personajes estarán maquillados muy pálidos, para lograr cierto romántico aspecto fantasmal.

Prólogo

Escenario vacío, penumbra, campanadas de duelo. Desde el fondo del escenario avanza el cortejo de un entierro; los personajes musitan o cantan un poema de Milanés; traen un libro con sus obras; al llegar al frente se abren en dos filas y van hacia los lados. Al fondo queda el ataúd, vertical. El Mendigo se acerca y lo abre; Milanés descruza las manos que tiene sobre el pecho. El Mendigo lo toma por una mano y lo hace avanzar algunos pasos.

MILANÉS. ¿Y esas campanas?

MENDIGO. Doblan por el difunto.

MILANÉS. ¿No cesarán nunca?

MENDIGO. ¿Puedes oírlas?

MILANÉS. Muy lejanas. ¿No podrían dejar de tocar?

MENDIGO. No.

MILANÉS. Oigo sollozos.

MENDIGO. Debe de ser Carlota. ¿Puedes oírla?

MILANÉS. Casi lo adivino. ¿Hay alguien más aquí?

MENDIGO. No veo a nadie. Nosotros dos.

MILANÉS. Son las campanas de la catedral. Reconozco el tono grave de la Mayor. Fíjate, queda vibrando en el aire y parece que no va a terminar.

MENDIGO. No tengo un oído tan fino.

MILANÉS. ¡Sss! (*Escucha durante un momento.*) A veces, por la tarde, paseando junto al Yumurí, me entretenía en adivinar quién tocaba. Había un sacristán que sabía sacarle un sonido más profundo. Casi podía verse flotando sobre el agua y avanzar corriente arriba hacia el valle. (*Pausa.*) ¿Y ahora qué hacemos?

MENDIGO. Nada. (*Pausa.*) ¿Te llega el olor de las flores?

MILANÉS. Azucenas.

MENDIGO. Sí, había muchas. Y dalias, dalias enormes, rosas, madre-selvas, todas blancas. Flores blancas llenaban la casa.

MILANÉS. Cuando mi hermano menor
huyó tronchado en su flor
de este universo ilusorio,
le mandó mi padre ornar

de flores, y rodear
con los cirios del velorio.

MENDIGO. ¿Quién estará recordando esos versos?

MILANÉS. Yo los recuerdo.

MENDIGO. (*Suelta una carcajada.*) No recuerdas ni versos, ni flores, ni campanas, ni sollozos. Nada.

MILANÉS. Escucha: es la Mayor, la oigo.

MENDIGO. Sí, alguien la oye. Alguien recuerda que tú dijiste una vez que ibas por las tardes al Yumurí y desde allí los tañidos remontaban el río hasta adentrarse en el valle.

MILANÉS. Pasó esta noche cruel:
asomó el sol y con él
vino mi padre y me dijo:
«Ve donde todo hombre va:
lleva a tu hermano y allá
haz que me lo entierren, hijo.»

MENDIGO. Debe de ser Federico quien recuerda los versos.

MILANÉS. ¿No será...?

MENDIGO. ¿Quién?

MILANÉS. No, no. No.

MENDIGO. (*Burlándose.*) ¿Quién? ¿Carlota?

MILANÉS. No, no. (*Muy excitado.*) No quiero. No puedo.

MENDIGO. Di, di ese nombre. Es fácil, es corto.

MILANÉS. No quiero.

MENDIGO. Pronúncialo. Alguien lo recuerda ahora y lo pone en tu boca. Tus labios se fruncen para formar la primera letra y recuerdas las manos, el olor de sus vestidos, una flor en el pelo...

MILANÉS. (*En un grito.*) ¡Isa! (*Tenso, trata de contener el nombre. Una pausa larga. El Mendigo se acerca y lo abraza consolándolo.*)

MENDIGO. Tienes que acostumbrarte. Ellos seguirán recordándote: Carlota, Federico, harán un culto a tu memoria; publicarán tus versos una y otra vez; contarán anécdotas, recordarán tu niñez, la escuela, los primeros versos, después el éxito...

MILANÉS. No hubo ningún éxito.

MENDIGO. Sí, *El conde Alarcos* en el teatro Tacón.

MILANÉS. Se fracasa siempre.

MENDIGO. El público estaba estremecido. Creo que hasta coreaban tu nombre.

Los personajes del cortejo aplauden.

MILANÉS. Yo no estaba allí. Estaba enfermo.

MENDIGO. (*Irónico.*) ¿De verdad?

MILANÉS. No podía ir. Deliraba.

MENDIGO. Pero Del Monte te lo contó en una carta.

MILANÉS. ¿Puedo recordarlo?

MENDIGO. Desde ahora será siempre así: recordar y repetir. Nada nuevo puede suceder.

MILANÉS. Algo puede surgir inesperadamente.

MENDIGO. Nada. Recordar y repetir, nada más. Los otros recuerdan las campanas, escriben sobre los sollozos, llenan páginas describiendo la agonía y el entierro. Otros leen tus poemas.

MILANÉS. ¿En Matanzas?

MENDIGO. A orillas del San Juan.

MILANÉS. «De codos en el puente.»

MENDIGO. Ahora hay otro puente, grande, de hierro, como los que viste en Europa.

MILANÉS. ¿Y el viejo puente de madera?

MENDIGO. No sé. (*En voz muy alta.*) ¿Alguien sabe qué pasó con el viejo puente de madera? (*Espera una respuesta.*) La gente se deja llevar por el progreso, se entusiasma con el hierro y olvida los viejos tablones. ¿Qué se va a hacer? Habrá que hurgar en viejos libros y descubrir que se lo llevó un ciclón o una gran crecida.

MILANÉS. No puede ser. Era un río manso.

MENDIGO. San Juan murmurante, que corres ligero
llevando tus ondas en grato vaivén,
haciendo en tus olas que mansas voltean
un pliegue de espumas, deshecho después.

MILANÉS. ¿Fue en 1842?

MENDIGO. No sé. Estará en alguna buena antología, hecha con cuidado: los poemas en orden, con su fecha y un estudio preliminar.

MILANÉS. (*Entusiasmado.*) ¿Harán eso?

MENDIGO. ¿Por qué no? Son buenos versos.

MILANÉS. Podría hacer algunas correcciones. (*Risa del Mendigo.*)
Domingo decía que siempre hay un adjetivo mejor.

MENDIGO. Ya te lo dije: recordar y repetir, nada nuevo.

MILANÉS. Es como una pesadilla. (*Mira al Mendigo y reconoce al personaje de un poema.*) ¿Quién eres?

MENDIGO. ¿Ya me recordaste?

MILANÉS. Siempre me dio miedo.

MENDIGO. Entonces no debías haber escrito el poema en que aparezco.

MILANÉS. Quería librarme del espanto y ahora estás aquí.

MENDIGO. Por calles oscuras, torcidas, sin gente,
susurró en mi oído cláusula funesta:
se grabó en mi espejo: se sentó en mi silla,
de mi cabecera tomó posesión,
y la mano negra de la pesadilla
la apoyó tres veces en mi corazón.

MILANÉS. ¿Por qué estás conmigo?

MENDIGO. Alguien piensa que debo acompañarte.

MILANÉS. No, no. Que venga Carlota. Carlota me acompaña de noche, se sienta junto a mi cama y borda.

MENDIGO. Ya vendrán, todos vendrán, absolutamente todos. Pero a su tiempo.

MILANÉS. Vete. Carlota me pone compresas frías, compresas frías. Tengo fiebre, me ahogo, vete. (*El Mendigo va hacia él. Milanés huye.*) Carlota, despiértame, ábreme los ojos, ábreme los ojos, los ojos, Carlota. (*Se cubre los ojos, el Mendigo se acerca.*) Vete, no quiero verte.

El Mendigo se aleja. Milanés queda en el centro con los puños sobre los ojos. Un actor del cortejo se acerca con una estaca en cuyo extremo está clavada la cabeza de un negro. Da vueltas alrededor de Milanés. Los otros personajes del cortejo restallan látigos. El actor clava la estaca junto a él y cesa el sonido de los látigos. Silencio. Milanés abre los ojos y al ver la cabeza grita: «Sálvame.» El Mendigo se lleva la estaca y vuelve junto a él.

MENDIGO. Ya, ya pasó.

MILANÉS. Sí, todo terminó. Definitivamente. ¡Qué espanto! ¿Y esos son mis recuerdos? ¿No hay otros? ¿No pude tener otra vida en un tiempo diferente? Ahora recordar y repetir, como tú dices. Si pudiera encontrar una explicación sentiría cierto alivio.

MENDIGO. Búscala.

MILANÉS. Lo terrible es no poder cambiar nada. Todo fue así. Se acabó mi tiempo y ya. Quisiera encontrarles un sentido a esos recuerdos.

MENDIGO. Búscalos. Si alguien recuerda otros momentos y los aprovechamos puede que todo cobre una significación. Yo sólo digo las palabras que otros ponen en mi boca. Tú sólo recordarás lo que otros recuerden de ti. Pero la historia puede hacerse de distintas maneras y hay tantas historias como recuerdos, memorias escritas en papeles amarillentos, cartas anudadas con cintas de seda azul, viejos daguerrotipos, facturas, actas capitulares, anales, archivos olvidados... Todo sirve para buscarle un sentido. Y tú debes encontrarlo.

MILANÉS. Yo creía tenerlo. La naturaleza me parecía reflejar la perfección de Dios y la vida podía copiar su imagen en la pureza de una tarde, la limpieza de un arroyo, el almo esplendor del cielo.

MENDIGO. Vuelve a buscarlo.

MILANÉS. ¿Cómo?

MENDIGO. Ahora, en este momento, alguien abre un libro con tus versos y mira tu retrato. Escudriña tus ojos, los ojos del retrato y ve allí una palabra. Yo la veo en tus ojos. Te lanza al mundo de la memoria esa palabra. Déjate llevar por ella. Pronúnciala.

MILANÉS. Mamá.

El Mendigo desaparece.

La familia

Milanés se mueve ligero, parece más joven. Llama.

MILANÉS. Mamá, mamá. (*Aparece la madre. Es una mujer joven [como Milanés la recuerda] y está encinta. La sigue una esclava, Candelaria, que trae una mecedora y una canasta de labor. Cubriéndola de besos.*) Mamá, mamá.

DOÑA RITA. Pepe, no seas tan baboso. Tengo mucho que hacer.

MILANÉS. ¿Yo no era tu hijo favorito?

DOÑA RITA. Candelaria, ¿tú has visto qué muchacho más vanidoso?

La Esclava ríe.

MILANÉS. (*Acariciándole el vientre.*) Todos estos vendrán después.

DOÑA RITA. (*Severa.*) ¡Pepe!

MILANÉS. José Jacinto de Jesús Milanés y Fuentes, el primogénito. Aquí están todos los otros.

DOÑA RITA. ¡Qué vergüenza! ¿Cómo puedes decir esas cosas?

MILANÉS. Soy tu primer hijo, tu primer hijo.

DOÑA RITA. Tengo mucho que hacer para perder el tiempo en este juego.

MILANÉS. No tienes nada que hacer. Ya se acabó la vida.

DOÑA RITA. Basta de poesía y déjame tranquila. ¿Tú crees que es poca cosa criar quince hijos?

MILANÉS. ¿Y cómo encontraste nombres para esa tribu?

DOÑA RITA. El almanaque está repleto de nombres de santos.

CANDELARIA. Nombres de santos para estos diablitos.

DOÑA RITA. José Jacinto de Jesús.

MILANÉS. (*Le abraza las piernas.*) Aquí, dichoso de encontrarte.

DOÑA RITA. Federico de la O, María Felicitas.

MILANÉS. Muerta al año de nacida.

DOÑA RITA. Candelaria, ¿está lista la ropa de Álvaro?

CANDELARIA. Su merced sabe que sí.

DOÑA RITA. María Carlota.

MILANÉS. ¿Dónde está mi hermana? No la veo. (*Busca alrededor de la mecedora.*)

DOÑA RITA. José Manuel, Rosa María, Esteban de Jesús. Candelaria, ¿qué haces ahí como una estaca? Álvaro está al llegar y no quiero contrariarlo. María Teresa, Bernardo Salomé, María Josefa, María Cleofé, Rita Bernarda.

MILANÉS. Mamá, no encuentro a Carlota.
DOÑA RITA. Estará en casa de tía Babí. Y después tres varones seguidos. Álvaro Martín, Pedro Antonio y Álvaro Florencio.
MILANÉS. Muertos antes de cumplir los dos años.
DOÑA RITA. Quince hijos.
MILANÉS. Sólo vivimos Federico y yo, y las muchachitas. ¡Qué extraño!
DOÑA RITA. ¡Qué sabes tú lo que es parir quince hijos! Veintiún años estuve así. *(Se toca el vientre.)* Uno tras otro, uno tras otro.
MILANÉS. Ocho murieron.
DOÑA RITA. Ay, Pepe, ¿eso qué importa ahora? Ya todos somos recuerdos... recuerdos... Ninguno de ustedes se casó, ni tú... ¡Bueno!, ni Federico, ni las muchachitas... ¡Tan linda Carlota!
MILANÉS. Quiero verla.
DOÑA RITA. ¿Te acuerdas, Pepe, cómo se divertían de niños? Y tú, con aquellos juegos y las comedias y los primos... La casa era una algarabía constante.
MILANÉS. Hasta aquel momento, aquel día... ¿Qué me pasó?
DOÑA RITA. Ah, no empieces con tu melancolía. Busca a tus hermanos, deben estar en el patio. *(Llama.)* Federico, Rosa...

Entran los hermanos, vestidos con sombreros estrafalarios que recuerdan yelmos, telas que caen como capas medievales, máscaras o antifaces. Cantan, hacen reverencias, juegan. Le dan vueltas a Milanés y uno le cubre los ojos. Él agarra a una de sus hermanas. Se quita la venda: es Carlota. Las manos de Milanés recorren la cara de la hermana, reconociéndola.

MILANÉS. Mi fiel y dulce Carlota. ¡Qué naricita tan fea!
CARLOTA. ¿Pepe, estás bien?
MILANÉS. No sé. *(Transición.)* Sí. Estamos juntos otra vez. Carlota, ¡cuántas noches terribles!
CARLOTA. Olvídalo, ya pasó.
MILANÉS. Tengo miedo. Podemos estar juntos mientras alguien nos recuerde juntos.
CARLOTA. Siempre nos recordarán juntos.
FEDERICO. Y ahora, señoras y señores, vamos a tener el placer de presentar a ustedes a la familia de enfrente: los Ximeno. Entre ellos se encuentran los más grandes acróbatas del siglo, la mejor bailarina de la historia, el cantante más famoso de la Era Cristiana. ¡Aquí vienen los primos! Ante ustedes José Manuel y Antonio, los reyes del trapecio. *(Entran.)* Francisco María Nazario *(los otros gritan: «Viva Pancho»)*, cuya melodiosa voz encantó a los reyes de Polonia. Y por último Isabel María Damiana, ¡Isa, la inmortal Isa!

Todos miran a Milanés.

FRANCISCO. No ha nacido todavía.

Todos ríen.

FEDERICO. Bien. Esperaremos hasta 1828 para presentarles a Isa. Mientras tanto, la función da comienzo.

Dos primos convierten una sábana en telón, otros se sientan como espectadores. Se abre el telón: sentada como en un trono está Carlota, con una corona de papel. Se desarrolla una pantomima en la cual traen un preso encadenado y ella lo condena a ser azotado. Mientras se desarrolla la pantomima comienza a oírse un canto de negros. Por un lado del escenario aparece un grupo de esclavos atados a un cepo. Atraviesan el escenario. La pantomima se interrumpe y los primos miran asombrados. Se oye el toque del Ángelus. La madre aparece seguida por Candelaria, miran pasar a los esclavos. Silencio.

DOÑA RITA. Calabaza, calabaza, cada cual para su casa. *(Se rompe el silencio. Algazara de los primos que se despiden. Sigue el sonido de las campanas.)* Rita, avísale a tu padre. Virgen santa, miren cómo han puesto esto. *(Comienza a ordenar el lugar. Algunos hijos traen sillas.)* Un día me voy a poner dura y se van a terminar estas funciones. Todo lo revuelven. Candelaria, recoge esas flores. Y no vuelvan a cogerme sábanas limpias para ese juego. Pepe, tú los exaltas, tú y Federico, los mayores, que debían tener más juicio...

Aparece don Álvaro con un rosario de oro en las manos. Doña Rita calla y va a colocarse junto a él. Todos se arrodillan. Entra Pastora y se arrodilla, mira a su alrededor inquieta; busca otro lugar donde arrodillarse. Milanés está en primer término. Comienza el rezo que se convierte en un murmullo y sobre él las palabras de Milanés.

MILANÉS. Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía; has apresado mi corazón con uno de tus ojos, con una gargantilla de tu cuello. Cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa mía. Cuánto mejores que el vino tus amores, y el olor de tus unguentos, que todas las especias aromáticas. Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa, miel y leche hay debajo de tu lengua; y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano. Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía; fuente cerrada, fuente sellada. Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves, de flores de alheña y nardos; nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso; mirra y aloes, con todas las principales especias aromáticas.

406

Termina el rezo. Se oyen murmullos de las hermanas que ahogan risas. Milanés permanece arrodillado y Pastora se le acerca. Todos observan la escena.

PASTORA. ¿Lo viste?

MILANÉS. ¿A quién?

PASTORA. Rondaba la casa mientras rezábamos. No se atrevió a entrar porque tu padre tenía el rosario en las manos. *(El padre se acerca.)* Alvaro, hay que repetir los rezos.

DON ÁLVARO. Mañana, Pastora, mañana.

PASTORA. Álvaro, hay que expulsar de la casa todo lo nauseabundo, hay que limpiar y limpiar hasta alcanzar una pureza sin mácula.

DON ÁLVARO. Descansa, Pastora, después limpiaremos.

PASTORA. Todo lo dejan para luego. Me encerraré en mi cuarto. No voy a arriesgarme a respirar el vaho que sale del fondo de la tierra. *(Sale.)*

DOÑA RITA. Vamos, vamos, no se pierdan en comentarios. Candelaria, ¿la comida está lista?

TERE. Mamá, ¿puedo ponerme el vestido azul?

DOÑA RITA. ¿Cuándo? Pepe, ¿qué haces ahí?

TERE. Mañana, para la retreta.

DOÑA RITA. Vamos, la comida se enfría. *(Sale.)*

MILANÉS. Papá, quiero hablar con usted.

DON ÁLVARO. Después. Tu madre quiere, como siempre, salir pronto de esta tortura. *(Riéndose.)* Y le dará un bocabajo a todo el que no coma mucho y despacio.

MILANÉS. *(Le ofrece las manos.)* Pégueme.

DON ÁLVARO. ¿Qué te pasa, muchacho?

MILANÉS. Pégueme, estoy esperando.

DON ÁLVARO. Cálmate.

MILANÉS. Quiero mi castigo. No atendí a los rezos. Las campanas me distraían, seguía el sonido de las campanas y decía otras palabras, pensaba otras palabras.

DON ÁLVARO. Todos nos distraemos a veces. Estamos repitiendo la oración y de pronto descubrimos que pensamos en otra cosa.

MILANÉS. Yo no quiero pensar en otras cosas. Cada hora tiene su ocupación: la hora del juego y la hora de la lección.

DON ÁLVARO. No seas tan exigente contigo mismo.

MILANÉS. Castígueme, papá. Será la única forma de sentirme en paz. Si ahora no atiendó a los rezos...

DON ÁLVARO. Ah, muchacho, te castigaré mañana. Si vuelves a distraerte te prometo una gran zurra. *(Se aleja.)*

MILANÉS. Señor, tú me hiciste a tu imagen y semejanza. Yo quiero estar a la altura de tu imagen. Quitá esas palabras de mis labios, borra de mí toda mancha, toda suciedad. Haz que yo pueda hablar contigo y no sienta vergüenza, que mi labio sea limpio, que la pureza a que aspiro sea digna de ti. No me

abandones, Señor, tengo miedo de quedarme solo. Tómame de la mano y llévame por tu camino, aunque duro, no temeré, no temeré...

Federico se acerca de puntillas y llega junto a Milanés al final de la plegaria.

FEDERICO. Ah, el poeta egoísta se satisface solo y recita para sí, sin compartir la belleza. ¿Serán versos de amor?

MILANÉS. Fico, quiero confesarme.

FEDERICO. ¿Conmigo?

MILANÉS. No estoy para bromas.

FEDERICO. Puedes esperar hasta el domingo. Este domingo me tocan tres sí y dos no.

MILANÉS. ¿Qué es eso?

FEDERICO. Mi método de confesión para ese cura cabrón. ¿Te acuerdas cuando éramos muchachos? Íbamos a misa con mamá y papá, padrino y Babí a la cabeza, y detrás el ejército de primos. Y todos nos confesábamos. Primero ibas tú, con la cara iluminada como si fueras a encontrarte con la virgen. Después venía mi turno; un orden riguroso. Me arrodillo en el confesionario, del otro lado el cura cabrón espera mi confesión. (*Haciendo voces y llevando con los dedos la cuenta de los sí y los no.*) «Hijo mío, ¿has sido desobediente con tus padres?» «Sí, padre.» Uno. «Hijo, ¿has dicho palabras obscenas?» «Sí, padre.» Dos. «Hijo, ¿has rezado cada noche tus oraciones?» «Sí, padre.» Tres. Ahora vienen los dos no. «Hijo mío, responde la verdad. ¿Has tenido contacto carnal con niñas, niños o animales?» «No, padre.» Uno. «Hijo, ¿has usado tus órganos genitales en juegos pecaminosos?» «No, padre.» Dos. Entonces volvía a responder tres sí y dos no. Claro, al domingo siguiente podía cambiar: Tres no, un sí; dos no, dos sí; un no, tres sí. Siempre manteniendo un ritmo: así cumplía mis propias leyes y el cura cabrón me daba la absolución. (*Lo ha hecho reír.*)

MILANÉS. ¿De veras hacías eso? ¿Y no te sentías culpable?

FEDERICO. Culpable el cura que tenía tres hijos con una negra. Pepe, ¿vámonos esta noche al baile?

MILANÉS. Tú sabes que no sirvo para marcar un solo paso.

FEDERICO. Tienes que aprender.

MILANÉS. Aprendo leyendo a Lope.

FEDERICO. Lope aprendió viviendo.

MILANÉS. Vivir es una palabra equívoca. La imaginación suple las experiencias. Hay quienes se pasan la vida en un ajeteo constante: no se pierden un baile, una fiesta, un velorio, una retreta, un sarao, una excursión, una pesca, un paseo, una tertulia, una representación...

FEDERICO. ¡Ya!

MILANÉS. Y no tienen ninguna experiencia. Déjame leyendo a Lope.

FEDERICO. Pasará el tiempo y yo me iré a los bailes, a los gallos, jugaré al monte, visitaré los barracones y tomaré ron.

MILANÉS. Pasará el tiempo y yo me quedaré leyendo, esperando mi hora.

FEDERICO. Pasará el tiempo y yo contaré que te quedabas leyendo y diré que tuviste que aprender solo porque no teníamos dinero para ir a un buen colegio.

MILANÉS. Pasará el tiempo y lo leerán y nos criticarán y no comprenderán todo el trabajo que nos costó vivir aquella época. Y después nos olvidarán.

FEDERICO. Yo haré que no se olviden.

MILANÉS. Siempre confié en ti.

FEDERICO. No fue fácil. Pasará el tiempo y tendré que echar al cesto muchas ambiciones, muchos proyectos. Y después heredaremos el cafetal y tendremos una vida desahogada. Pero ya será tarde. Papá y mamá estarán muertos y para entonces tú...

MILANÉS. Dilo.

FEDERICO. Mantendrás aquel silencio que duró veinte años. *(Pausa.)*
Papá y mamá sufrieron mucho.

MILANÉS. No lo comprendí.

No era durez de corazón, ni ahínco de ser libre o ser más. Era ese afecto colmado de esperanza o bien de orgullo que el corazón enciende del mancebo, porque nunca imagine que le falte la sombra dulce del amor paterno.

Con el último texto, Milanés y Federico se separan y van hacia el fondo. Milanés regresa con el padre, Federico con la madre, y los dejan en el centro de la escena.

DON ÁLVARO. Creo que te hice sufrir mucho.

DOÑA RITA. Nunca me quejé.

DON ÁLVARO. Era peor. Si hubieras protestado de todas nuestras carencias me hubiera sentido más tranquilo.

DOÑA RITA. Nunca me faltó nada.

DON ÁLVARO. No fuiste exigente. Pero nos dolía ver a los muchachos con sus estudios interrumpidos. ¿Y qué podía hacer yo? Un inspector de la Real Hacienda. Suena como si fuera un destino importante. No era nada, un triste empleadito cobijado en la casa que tus padres nos habían cedido; un hombre que te llenó de hijos para hacerte llorar con la muerte de muchos de ellos.

DOÑA RITA. Cuidarlos y verlos crecer me hizo feliz.

DON ÁLVARO. Ay, Rita, Rita, fueron tantas las frustraciones. Y pensar en Pepe... Quizás... Tenía inteligencia para llegar muy alto. Si hubiera podido estudiar una carrera... Los primos se iban a buenos colegios y se hacían licenciados, abogados, viajaban... Él se quedaba aquí, preso entre los dos ríos, entre San Severino y la Vigía...

DOÑA RITA. Dios lo dispuso así.

DON ÁLVARO. Me exaspera esa resignación de las mujeres. No sé cómo puedes...

DOÑA RITA. Me duele que no estuviera conmigo en el último momento. ¡Ese maldito viaje! Ni lo curó ni le sirvió de nada.

DON ÁLVARO. Tampoco estuvo conmigo.

DOÑA RITA. Estaba en la casa.

DON ÁLVARO. Más ausente que nunca. Caminaba por la casa en silencio, se asomaba al patio sin decir una palabra, sonreía... Pero me aterrorizaba cuando lo miraba a los ojos. ¡Ay, los hijos! Uno debería dejarlos en la ignorancia si después no es capaz de llenar sus exigencias. (*Llama.*) ¡Pepe!

DOÑA RITA. No lo llames, Álvaro.

DON ÁLVARO. Sí, hay que decírselo de una vez.

DOÑA RITA. Tal vez haya otra solución.

DON ÁLVARO. ¿Hasta cuándo vamos a esperar? (*Llama.*) ¡Pepe!

MILANÉS. Papá, ¿usted me llamó?

DON ÁLVARO. Una vez te llamé y te entregué un libro: *El Parnaso español*, de Quintana, y te dije: toma, disfruta de la poesía.

MILANÉS. Se lo agradecí toda la vida.

DON ÁLVARO. Ahora debo decirte que la poesía sola no basta. No soy de los que piensan que es un ocio inútil. Tú sabes que yo, a veces, por pasar el rato, ¡claro!, no voy a pretender que es en serio, en fin..., unas rimas no me cuestan mucho trabajo.

MILANÉS. De usted me viene esa bendición.

DON ÁLVARO. Para los tiempos que corren, yo diría maldición.

MILANÉS. ¿Lo dice por buscar la rima?

DON ÁLVARO. Ojalá. Debemos hablar seriamente.

MILANÉS. ¿Sucede algo grave?

DON ÁLVARO. Sucede que el hombre vive también de pan.

MILANÉS. Estoy trabajando con padrino.

DON ÁLVARO. Eso ya no basta. Tienes que pensar en un destino.

MILANÉS. Cuando pienso en un destino escojo la poesía.

DON ÁLVARO. La poesía no llena la barriga.

MILANÉS. ¡Papá!

DON ÁLVARO. Hay que ser realistas.

MILANÉS. ¿Quiere decir estar con el poder real?

DON ÁLVARO. No quiero bromas, me faltas el respeto.

MILANÉS. No puedo tomarlo en serio. Usted me enseñó a buscarla.
DON ÁLVARO. ¡Terco! ¿Tú crees que puedo mantener esta familia con mis cuatro reales?
MILANÉS. Yo no pido nada.
DON ÁLVARO. Estoy pensando en tu futuro.
MILANÉS. Yo lo veo de otra manera.
DON ÁLVARO. Eres de corazón duro. Pero yo sabré ser duro también, aunque me duela.
DOÑA RITA. Álvaro, tal vez...
DON ÁLVARO. No hay alternativa.
DOÑA RITA. Pepe, quiero hablar con tu padre. (*Milanés se retira.*) Podemos intentar algo, hacerle una sugerencia a...
DON ÁLVARO. No me gusta mendigar.
DOÑA RITA. A Ximeno directamente no, pero tal vez Babí... Siempre han sido generosos con nosotros.
DON ÁLVARO. No quiero vivir de la generosidad de los parientes.
DOÑA RITA. Es su sobrino. Babí lo quiere como a un hijo... Y para Pepe sería tan importante estudiar...
DON ÁLVARO. Ximeno lo tiene trabajando en su oficina y no ha resuelto la situación. ¿Qué podemos hacer?
DOÑA RITA. Hablarle. Decirle que ya Pepe está en edad de decidir su vida. Son dieciocho años. ¿Qué futuro le espera de escribiente en la oficina? Álvaro, háblale, deja tu orgullo bayamés a un lado y piensa en el porvenir de tu hijo.
DON ÁLVARO. Está bien. Hablaré con él.

Aparecen don Simón de Ximeno y su mujer doña Isabel. Los sigue Sebastián, calesero, cargado con paquetes de regalos. Mientras don Simón habla, entrega a su mujer los paquetes y ella los distribuye entre las hijas de don Álvaro. Las muchachas abren los paquetes entusiasmadas.

SIMÓN. Mi padre, Joseph Matías de Ximeno, era bilbaíno. El hombre se hace fuerte luchando con la naturaleza y esas provincias del norte de España son muy frías. Aquí, con este calor, las gentes se acuestan en las hamacas y que se hunda el mundo. Toma, este es para Rita. Le irá bien con su pelo negro. Mi padre trabajó muy duro, y lo que tengo se lo debo a él y a mi tenacidad. Y mi tenacidad también se la debo. Los hijos no somos más que la continuación de las virtudes de los padres. No, no, ese no. Dame aquel, el grande. Para que Cleo no diga que su tío no la quiere. Con esa tenacidad mi padre creó sus riquezas, con la ayuda de Dios y su honradez. ¡Y su ojo para los negocios, desde luego! Y fundó la primera casa azucarera de Matanzas, por eso lo eligieron síndico y alcalde de la Santa

Hermandad una y otra vez. Porque lo respetaban. Tere, cuando te lo pongas, no coquetees demasiado. Eso no está bien en las muchachas. Mi padre está viejo, ya puede descansar. Pero yo no. Debo seguir cimentando nuestro prestigio. Ayer mismo entregué dos mil pesos para la Casa de Beneficencia. Todo lo que das se revierte, tarde o temprano, sobre los negocios. Y hay que pensar en los hijos. Mis hijos aprenderán de mí esa tenacidad vizcaína. José Manuel será abogado, lo he decidido, y podrá resolver los problemas que se presenten en nuestros negocios. Esta ciudad crece y con ella el comercio. O crece la ciudad porque el comercio crece. Cuando miro la bahía y veo tantos barcos anclados siento una satisfacción indescriptible. Nuestra casa de comercio es una puerta abierta al mundo. Carlota, ese es para ti: para la mayor, el paquete más pequeño. Eres pícara, sabes que el tamaño no tiene importancia. Todavía no he pensado qué carrera darle a Pancho. Pero hay tiempo, es joven. Tú también has tenido suerte, Álvaro; tus hijos son como tú, honrados. Pepe es un buen trabajador y tiene una letra primorosa. Me siento orgulloso de enviar esas cartas comerciales escritas por la mano de tu hijo.

Las muchachas se van con los regalos.

DON ÁLVARO. De eso quería hablarte, Ximeno.

SIMÓN. Estoy muy satisfecho con su trabajo.

DON ÁLVARO. Pepe es muy inteligente.

SIMÓN. Sí. Si se olvidara un poco de la poesía... Vivimos una época de grandes cambios y hay que aprovecharla. No tengo a mal su preocupación por la lectura; mis hijos también leen. Pero lo de Pepe es una obsesión.

DON ÁLVARO. Creo que su inteligencia le permitiría ocupar otras posiciones.

SIMÓN. ¿No está contento con la oficina?

DON ÁLVARO. Es muy reservado.

SIMÓN. Se ha vuelto un poco huraño.

DON ÁLVARO. Los padres queremos lo mejor para los hijos.

SIMÓN. Los tuyos son como si fueran hijos míos. Y mi mujer ve por los ojos de Pepe.

DON ÁLVARO. Pepe está en edad de decidir qué va a ser en la vida.

SIMÓN. Álvaro, habla francamente. ¿Qué quieres?

DON ÁLVARO. Que Pepe tenga las oportunidades que yo no tuve.

SIMÓN. Perdóname, Álvaro, tú has sido un hombre apocado, sin audacia.

DON ÁLVARO. No quisiera que Pepe terminara su vida haciendo cartas comerciales.

SIMÓN. En mi oficina no puedo ofrecerle otra cosa. Y en esta ciudad no hay otras oportunidades. Mi padre cuenta que en España un hombre empieza como carpintero y termina como armador. Pero aquí los pardos y los negros se ocupan de los oficios. ¿Qué nos queda a los blancos? Por eso hay tantos vagos... Pero podríamos mandar a Pepe a La Habana.

DON ÁLVARO. ¿Sería posible?

SIMÓN. Tengo amistades.

DON ÁLVARO. Creo que si Pepe pudiera estudiar...

SIMÓN. ¿Estudiar? Tú no puedes pagarle los gastos. Yo hablo de un destino.

DON ÁLVARO. (*Decepcionado.*) Un destino.

SIMÓN. Tengo relaciones con el dueño de una ferretería. Con su letra y su formalidad puede abrirse paso por sí mismo.

DOÑA RITA. ¿Pero en La Habana no es peligroso?

SIMÓN. Los que van a estudiar corren el mismo peligro. Que luche solo, se olvide de la poesía y se haga un hombre de provecho. Decidido, Álvaro, mañana mismo le escribo a don Valentín. No te preocupes por los gastos del viaje, yo le conseguiré pasaje gratis en una goleta con la que tengo negocios.

Salen Simón e Isabel. Milanés entra lentamente.

DON ÁLVARO. Irás a La Habana. La Habana es una ciudad importante y hay oportunidades para todo el que trabaja. Allí puedes labrarte un destino.

DOÑA RITA. Hay grandes bibliotecas. Y teatros.

DON ÁLVARO. Y harás amistades, nuevas amistades. Ximeno te dará una carta y estarás en un lugar de confianza, respetado, haciéndote un porvenir.

DOÑA RITA. Sí, Pepe, un porvenir, un porvenir brillante. (*Se seca una lágrima.*)

Los padres salen. Pasa un Sereno. Capa negra, vara y farol.

SERENO. Las once de la noche de este día de gracia del Señor, 5 de octubre de 1832. Hay una llovizna fina. Se avecina un norte y el cielo anuncia tormenta. Casi no hay luna, casi no hay luz. Nubes negras se ciernen sobre la ciudad. Las once de la noche de este día de gracia del Señor.

MILANÉS. No quiero irme. Me quedaré en esta ciudad horrible, preso entre los dos ríos. No quiero abandonar esta cárcel vigilada por San Severino y la Vigía. Me consumiré aquí, en estas calles oscuras, torcidas, sin gentes. Quiero ver siempre esa bahía asquerosa, repleta de barcos que arrojan sus desperdicios en

la playa inmunda. No quiero abandonar el valle, abismo sin fondo, y hundirme, hundirme en este hueco donde me tocó nacer.

El viaje

Mientras Milanés habla, la escena se puebla con los personajes del cortejo. Unos negros cargan canastas y pregonan frutas, viandas, panales de miel; otros venden billetes de lotería. Una muchacha coquetea con un caballero. Sobre una tarima venden una negra. Unos jóvenes se acercan y la miran; el vendedor muestra los senos de la negra; los jóvenes le levantan la falda y se alejan entre carcajadas. Milanés pasa y observa asustado. Los tres Dependientes siguen a Milanés.

DEPENDIENTE 1. Cangrejero, ¿te gusta La Habana?
DEPENDIENTE 2. Es una ciudad alegre, que huele a tasajo y bacalao.
DEPENDIENTE 3. Esta noche es tuya, ¡tómala!, te la regalo.
DEPENDIENTE 1. ¡Pero cuídate!
DEPENDIENTE 2. Detrás de cada guardacantón se oculta un puñal.
MILANÉS. (*Se sienta en una banquetta. Va diciendo las cifras mientras los Dependientes siguen las burlas.*) Diez pesos, quince reales. Ocho reales, nueve reales, siete reales. Ocho pesos, cinco reales. Nueve pesos, veinte reales. Dieciocho pesos, veintinueve pesos, dos reales. Noventa pesos, cinco reales, diez pesos...
DEPENDIENTE 3. Alégrate, cangrejero. La Habana tiene más ventajas que tu querida Matanzas. Aquí se elimina a los enemigos sin complicaciones. Siempre hay alguien dispuesto a recibir las onzas con la izquierda y a matar con la derecha.
DEPENDIENTE 1. Por la espalda, naturalmente.
DEPENDIENTE 2. ¿Un rival amoroso?
DEPENDIENTE 3. Tres onzas. ¡Y al hoyo!
DEPENDIENTE 2. ¿Alguien te ganó al monte?
DEPENDIENTE 3. Diez pesos, recobras lo perdido y aparece pudriéndose en una zanja.
DEPENDIENTE 1. Aprende a vivir en una gran ciudad. Llénate los bolsillos y eres dueño de la Alameda.

Milanés sigue escribiendo onzas y reales.

DEPENDIENTE 2. Oye, ¿dijiste algo?
DEPENDIENTE 3. No he abierto la boca.
DEPENDIENTE 1. Se oye un murmullo. ¿Eres tú quien recita en voz baja?
DEPENDIENTE 2. ¿Yo...? ¡Nequaquara!

414

Los tres se vuelven hacia Milanés.

- DEPENDIENTE 1. Ah, es el matancero silencioso.
DEPENDIENTE 2. Rompe el silencio para dedicarse a las musas.
DEPENDIENTE 3. Vate milagroso, enviado del Olimpo, ¿con quién hablas? (*Carcajadas.*)
MILANÉS. Yo tenía las palabras, me escudaba en las palabras, y mientras buscaba un adjetivo trataba de olvidarlos. Una metáfora inesperada los eliminaba durante un momento. Pero no me daban tregua. Mi silencio los exasperaba, los enfurecía.
DEPENDIENTE 1. Muchacho, ¿el azúcar sube de precio y tú pierdes el tiempo haciendo versitos?
DEPENDIENTE 2. De París llegó un cargamento de lienzos para hacer casacas, y los barracones están llenos de negras que te enseñan el paraíso por cuatro reales.
DEPENDIENTE 3. Existen la hamaca, el aguardiente y las mulatas.
DEPENDIENTE 1. Cómprate un ingenio con cien negros y te perdono los versos, las quimeras, las alucinaciones.
DEPENDIENTE 2. Pero esto no es un ingenio.
DEPENDIENTE 3. Ni siquiera un cafetal. Este es el templo de la chatarra.
DEPENDIENTE 1. Mira a tu alrededor: destornilladores, pinzas, tuercas.
DEPENDIENTE 2. Clavos, candiles, ejes, martillos.
DEPENDIENTE 3. Tornillos, llaves, puntillas.
DEPENDIENTE 1. Alambre, yunque, cincel.
DEPENDIENTE 2. Escoria.
DEPENDIENTE 3. Chatarra.
DEPENDIENTE 1. Metralla.
DEPENDIENTE 2. Trata de conseguir los reales, que las onzas son muy difíciles.

Se oyen campanadas. Al fondo del escenario encienden antorchas.

- DEPENDIENTE 3. Y si no tienes ni una peseta, ¿qué te espera, poeta?
DEPENDIENTE 1. Olvida la rima, que la vida es corta y el cólera te la convierte en nada. (*Se oyen los gritos de «Agua, agua». Los Dependientes se asustan.*) Cierra la ventana.
DEPENDIENTE 2. El calor me asfixia.
DEPENDIENTE 3. ¡Ciérrala! Es peligroso el vaho que sube de la calle. Una ráfaga entró en una casa y contaminó a cuatro niñas. Al día siguiente entregaron el alma.
DEPENDIENTE 1. Quince muertos el lunes.
DEPENDIENTE 2. Las miasmas de las ciénagas lo contaminan todo.
DEPENDIENTE 1. Tres cadáveres en la plaza.
DEPENDIENTE 3. Enciende un barril de brea frente a tu casa, purifica el aire.

DEPENDIENTE 1. Diez cadáveres en la zanja sin enterrar.
DEPENDIENTE 2. Los negros mueren como moscas.

En el cortejo se oyen gritos de «Confesión, confesión».

DEPENDIENTE 3. Nadie sale de su casa. Y los que pueden huyen de la ciudad y se van a Puentes Grandes, a Guanabacoa, a sus cafetales.

DEPENDIENTE 2. Moja tu pañuelo en vinagre y aspíralo.

DEPENDIENTE 1. Veinte muertos el viernes, veintiocho el domingo.

El cortejo se arrodilla y se oyen rezos. Un hombre arrastra un cadáver a través del escenario. Dos hombres se acercan y se lo arrebatan, luchan por él, lo registran y saquean. Los Dependientes desaparecen. Un Sacerdote sale del cortejo y encuentra a Milanés.

SACERDOTE. Esta ciudad está perdida. Parece desierta, pero las tabernas están repletas y el aguardiente corre por los gáznates como medicina infernal. Olvidaron a Dios y el Señor envía sus plagas. Santísima Trinidad, vela por nosotros. Señora de la Misericordia, ampáranos. Señor, apiádate de los cadáveres que permanecen insepultos en las zanjas. Jesucristo bendito, lanza tu llama vengadora sobre los que saquean los sepulcros, abren las tumbas, Señor, y roban las joyas de los que han sido enterrados en el camposanto. ¡Herejes, nada podrá salvarnos de la ira de Dios!

El Mendigo aparece empujando una carretilla roja en la que trae algunos cadáveres, cuyas manos y pies cuelgan por los lados.

MENDIGO. (A Milanés.) Amigo, ¿me ayuda? (Milanés huye; el Mendigo lo sigue y logra alcanzarlo. Forcejean.) Alguien tiene que ayudarme. Vengo empujando esta carretilla desde la calle de los Oficios y tengo que llevarla hasta Extramuros.

MILANÉS. Suéltame. No quiero nada con la muerte.

MENDIGO. Estás rodeado de cadáveres.

MILANÉS. Me voy de esta ciudad.

MENDIGO. Toda la Isla está infestada.

MILANÉS. Odio todo lo que se corrompe.

MENDIGO. Ah, los jóvenes... Piensan siempre que la muerte está enamorada de lo viejo. ¡Mira! (Obliga a Milanés a mirar.) Casi una niña. No podemos dejarla tirada en una zanja.

Milanés ayuda a empujar la carretilla. Los rezos y las campanadas aumentan. Dan vuelta por el escenario, sorteando cadáveres o gentes que huyen. Tropicizan con un hombre que llora junto a un cadáver.

MILANÉS. ¿Quién es ese que llora?
MENDIGO. ¿No lo recuerdas?
MILANÉS. ¿Lo conozco?
MENDIGO. Ha vivido en Matanzas y allí volverás a encontrarlo. Es poeta.
MILANÉS. Plácido.
MENDIGO. No, todavía no es Plácido. Ahora es simplemente un mulato peinetero que a veces escribe versos. Pero el año que viene escribirá «La siempreviva» y lo aclamarán en todas partes. ¿Te parece envilecido?
MILANÉS. No soporto ver a alguien sufrir.
MENDIGO. Pues sufrirá mucho más. Ahora llora la pérdida de su amada Fela. Llorará mucho más. Déjalo, de una pérdida así nadie puede consolarlo. Vamos, empuja, estos muertos pesan como plomo. Esta que llevamos aquí, no hace un mes bailaba con su novio. Piel fresca, acariciable, virgen y sin conciencia del pecado, aunque ya la mano del novio hacía temblar su carne joven. Parecía que la música no iba a terminar nunca y que estarían eternamente bailando... ¡Y ya ves! Empezaron los vómitos, la piel se puso amarillenta y los ojos que brillaban bajo las lámparas se hundieron, negros, en sus cuencas sin brillo. Ahora ni mil lámparas podrán sacar brillo de esos ojos. Gritaba suplicando agua y le dieron el agua corrompida de la Zanja Real. Se acabó la piel de nácar y los labios que el novio no había besado serán devorados por gusanos insaciables. Sic transit gloria mundi.
MILANÉS. ¿Cómo es posible que Dios permita que estos cuerpos, templo de su soplo, se corrompan? ¿Que estos labios, hechos para la oración, y esos ojos que han buscado su imagen, se corrompan?
MENDIGO. ¿Será que Dios no existe?
MILANÉS. Tiene que existir. Y yo le pediré una explicación de esta catástrofe.
MENDIGO. ¡Vamos! Mientras la explicación llega, empuja, que estos cuerpos tocados por la gracia de Dios empiezan a apestar.

Se pierden en la oscuridad empujando la carretilla.

Matanzas

Tres niños corren por el escenario gritando: «Ya vienen, ya vienen». Se esconden y esperan a los personajes de la escena siguiente, durante la cual corren alrededor de ellos, les tiran de la ropa y se burlan. Los personajes luchan contra ellos continuamente. Entran Zequeira, con su sombrero, Josefa la Endemoniada, El Sereno y el Mendigo.

SERENO. Regresa, Milanés, regresa.
JOSEFA. La ciudad de Matanzas te espera, con sus calles a la medida de tus pasos.
SERENO. Esta ciudad fue creada para ti, sólo para ti. Será recordada porque tú naciste en ella y tu nombre irá siempre unido al nombre de tu ciudad. Ven, pisa las piedras, ennoblece sus plazas con tu mirada, dale la inmortalidad a los puentes, al mango. El pitirre y el tocororo esperan por tus versos.
MENDIGO. Ven, poeta, a San Carlos de Matanzas, la muy noble y leal, fundada para ti por Carlos II, *el Hechizado*, adorador perpetuo de la forma perfecta. En su castillo de Toledo vio el mapa de la bahía, con los dos ríos, y dijo...
ZEQUEIRA. ¡Construyan una ciudad!
JOSEFA. Y mientras quemaba herejes y exorcizaba demonios firmaba la cédula real.
ZEQUEIRA. Yo, el Rey.

Los Niños gritan: «Dios salve a Su Majestad Católica», y se inclinan ante Zequeira.

SERENO. Y autorizó que treinta familias canarias ocuparan las tierras al borde de la bahía donde los indios perpetraron la matanza que dio nombre a la región.
JOSEFA. Y Matanzas era la bahía.
MENDIGO. Y Matanzas el río que después fue San Juan.
ZEQUEIRA. Y Matanzas las tierras frente a la bahía.
SERENO. Y ahora Matanzas es tu ciudad, como lo fue de tus ascendientes, castellanos de San Severino y alcaldes de la Santa Hermandad.
JOSEFA. La Matanzas de tu antepasado José Ignacio Rodríguez de la Barrera, cura de la iglesia de San Carlos, enviado especial del Santo Oficio, que vino a la ciudad buscando herejes.
ZEQUEIRA. Tus antepasados eran los más puros, los que podían descubrir el demonio en los otros. De esa cepa vienes.
SERENO. No niegues la tradición. Ven y establece la pureza en la ciudad.
JOSEFA. Yo profetizo: en esta ciudad se cometerá la mayor matanza de negros en nuestra historia. Los perseguirán como fieras, los atarán a una escalera y los azotarán hasta desangrarlos. Ven, no te pierdas este espectáculo, aprende a hacer historia.
ZEQUEIRA. Yo te prestaré mi sombrero y serás invisible, testigo oculto en el infierno.

Los Niños le arrebatan el sombrero y juegan con él, intercambiándose.

NIÑOS. Nadie me ve, nadie me ve, tengo el sombrero de Zequeira.

Zequeira recobra su sombrero.

SERENO. Y aquí vino a residir tu padre; desde la vieja Bayamo vino, cargado con la gloria de sus antepasados. Porque ya, en los principios de la Isla, Jacome Milanés se enfrentaba a los piratas, con alabarda y una pluma parda.

JOSEFA. (*En voz baja.*) Ven, tenemos para ti el sombrero de Zequeira.

ZEQUEIRA. ¡Tómalo! Cúbrete la cabeza y desapareces para el mundo.

JOSEFA. ¡Zas! Ya no existes.

SERENO. Pasea por la Plaza del Ahorcado, comprobarás que nadie te saluda.

MENDIGO. Entra en la iglesia, arrodíllate frente al altar mayor. Nadie ve tus manos alzadas al cielo pidiendo perdón.

ZEQUEIRA. Ven, la ciudad está tranquila; el Gobernador ha dictado un bando prohibiendo que los matanceros se burlen de Josefa.

MENDIGO. Vuelve, Milanés, vuelve. Ya conociste el mundo más allá del Yumurí. Tú no puedes vivir lejos de tus ríos. Carlos, *el Hechizado*, tu tía Pastora, Zequeira y su sombrero, Josefa, *la Endemoniada* y yo te esperamos. Vuelve junto a los tuyos, alción canoro. La bahía está en calma, ya puedes anidar aquí.

Los niños gritan: «Aquí está». Los personajes adoptan una pose de retrato junto a Milanés. Carlota permanece a un lado del escenario.

CARLOTA. ¿Recuerdas el regreso?

MILANÉS. Recuerdo el viaje en la goleta *La Princesa Heredera*. Me pareció interminable. Pensé que nunca volvería a ver el valle, la bahía, el Pan. Cerraba los ojos y veía la calle de Gelabert. Te imaginaba parada detrás de la ventana.

CARLOTA. Mientras estabas en La Habana me encerraba en tu cuarto y acariciaba los libros. Te lo voy a confesar: registraba los papeles que habías dejado y los leía. Un día descubrí un poema que no conocía. Fue como si de pronto estuvieras aquí y casi oía tu voz mientras recorría los versos con la vista. Eran tus palabras y tu voz me las decía.

MILANÉS. No soportaba vivir lejos. Soñaba con la casa y el patio, las arecas, el cundeamor de la cerca con las frutas amarillas.

CARLOTA. ¿Recuerdas cuándo llegaste?

MILANÉS. Te recuerdo en el fondo del comedor, parada jugando al tinajero. Yo estaba abrazando a papá y te descubrí allí, en la sombra.

CARLOTA. Recuerdo cómo me abrazaste.

MILANÉS. Recuerdo lo que me dijiste.

CARLOTA. Nadie puede sustituir a mi hermano.
MILANÉS. Nada puede sustituir a un hermano.

Entra el resto de la familia y la escena se anima. Los personajes de la escena anterior desaparecen. Algazara.

FEDERICO. Ah, el habanero está de regreso.
TERE. Pepe, Pepe, aquí está Pepe.
DOÑA RITA. *(Abrazándolo.)* Ay, Pepe, qué delgado estás.
CANDELARIA. ¡Mi niño! Ya Candelaria está contenta.
CLEO. Estás más grueso.
RITICA. Pepe, has crecido.
DOÑA RITA. Debes estar muerto de hambre. Candelaria, un vaso de leche.
CANDELARIA. Te voy a cocinar un bacalao que te vas a chupar los dedos.
MILANÉS. La bendición, papá.
DON ÁLVARO. *(Besándolo en la frente y mirándolo solemnemente.)* Déjame mirarte. Podemos estar tranquilos, La Habana no lo ha corrompido. *(Se abrazan.)* Ya, Rita, ya. *(La madre llora.)* Ya está de nuevo con nosotros.
CARLOTA. *(Se acerca y lo abraza.)* Para un hermano como tú no hay sustituto en el mundo.

Entra Pastora. Milanés y Pastora caminan uno hacia el otro, se detienen frente a frente.

PASTORA. Tú eres como yo, exactamente como yo. No puedes vivir lejos de esta casa, ni tampoco en esta casa. ¿Dónde vamos a vivir nosotros, tú y yo? *(Se retira.)*
CLEO. *(Rompiendo el silencio.)* Pepe, cuenta, cuéntanos cómo es La Habana.
RITICA. ¡Babí, Babí!, ya llegó Pepe.
FEDERICO. ¿No te enamoraste por allá?
DOÑA RITA. Los Guiteras preguntaban por ti todos los días.
CLEO. Y las Lamar.
ISABEL. *(Entrando.)* Ay, Pepe. *(Lo abraza.)* Déjame mirarte. Solo, en esa Habana tan grande. Menos mal que estás aquí. Rita, ahora no lo dejes salir ni a la puerta, le cogen el gusto a la calle y después no vuelven. ¿Trajiste libros nuevos? Tienes que leerme algo. En todos estos meses no he tenido tiempo de leer. Si tú no estás... Tantos muchachos... Bueno, ya estás aquí. ¡Qué tranquilidad!

Los personajes se retiran, excepto Milanés, Carlota y Federico.

MILANÉS. ¿Fue así?

CARLOTA. Es posible. Recuerdo que estábamos Fico, tú y yo. Los demás no están en mi memoria.

MILANÉS. ¡Oh, qué dolor tan agudo es olvidar!

El tiempo, el tiempo veloz
que tiñe nuestras cabezas
de blanco, y tantas bellezas
deja sin luz y sin voz.

FEDERICO. Nosotros no te olvidamos nunca.

CARLOTA. Guardamos tus papeles.

FEDERICO. Imprimimos tus poemas.

CARLOTA. Te llevamos flores al cementerio.

FEDERICO. Conservamos tu cuarto como lo tenías.

CARLOTA. Dedicamos el resto de nuestros años a tu memoria.

FEDERICO. La casa se convirtió en altar.

CARLOTA. Rechacé a los pretendientes.

FEDERICO. Tus poemas se hicieron populares.

CARLOTA. Y me vestí siempre de negro.

Silencio. Milanés no escucha y comienza a alejarse. En la escena siguiente los personajes aparecen en el momento que hablan e irán creando el ambiente de una tertulia familiar que después se transformará en baile.

RITICA. ¿No estás lista todavía?

CARLOTA. Me arreglaré en un minuto.

RITICA. ¿Y Pepe? Vamos a llegar tarde.

PALMA. Total, hemos llegado tarde a la vida.

FEDERICO. No pierdes oportunidad para hacer una frase.

PALMA. Me ejercito. Una frase detrás de otra y a fin de año tengo una novela.

CARLOTA. ¿Estás escribiendo alguna?

PALMA. Sí, necesito dinero. ¡Y la literatura es tan lucrativa!

FEDERICO. Terminará cubierto de oro.

VILLAVERDE. Se convertirá en Midas.

PALMA. Con un soneto puedo comprar un negro. Un poema largo me hace dueño de un cafetal.

FEDERICO. ¿Y una novela?

PALMA. Eso es todo un ingenio con una dotación completa de doscientos bozales comprados de contrabando. ¡Relucientes!

RITICA. ¿Usted no toma nada en serio, Palma?

PALMA. ¿Quién dijo eso? ¿No ve toda mi preocupación por combinar el color de la casaca con los botines? (*Risas.*) La seriedad no produce cajas de azúcar ni pipas de ron. Leer mis versos es contemplar el vuelo de un pájaro, sin otras consecuencias.

MILANÉS. Esas poses byronianas no van con este clima.
VILLAVERDE. Se necesitan brumas para un escepticismo tan intenso.
PALMA. ¿Y las brumas del alma? L'entourage ne m'interesse pas.
Nómbreme uno, uno solo interesado en la literatura, y yo le atesoraré en mi corazón, Horacio.
FEDERICO. ¡El censor! Registra por todos los rincones buscando un manuscrito para llenarlo de marcas rojas.
MILANÉS. Hagamos como Plácido.
¡Torpe!... que a su pensamiento
siendo libre como el viento
por alto don,
le corta el ala, le oculta,
y en la cárcel le sepulta
del corazón.
Y, ¿qué es mirar a este vate
ser escabel del magnate
cuando el festín,
cantar sin rubor ni seso,
y disputar algún hueso
con el mastín?
VILLAVERDE. Eres demasiado severo con él.
MILANÉS. Soy demasiado severo conmigo mismo.
PALMA. Tiene mucho talento.
MILANÉS. Pero lo emplea mal. Como un coplero adocenado espera que termine el banquete para fungir de alegre improvisador.
¡Qué vergüenza!
CARLOTA. No lo tomes tan a pecho.
MILANÉS. Me molesta. Humillarse y rendir homenaje a los que ocupan una posición más alta. No más alta, no hay sitio más alto que el del poeta.

Aparecen dos muchachas lindas y enjovadas.

MUCHACHA 1. Hablando de poesía. En esta casa no hay otro tema.
PALMA. Cuando ustedes llegan la poesía se suicida.
MUCHACHA 2. ¿Cómo tomamos sus palabras?
PALMA. Es un cumplido, por supuesto. ¿Qué tiene que hacer la poesía en presencia de la música? (*En complicidad con los demás.*)
Todo en ustedes es musical: el crujido de la seda, el tintineo de las joyas, el color de los lazos y miriñaques. (*Las muchachas ríen.*) Y el cascabeleo de esa risa es... ¡indefinible!
MUCHACHA 1. (*En voz baja.*) ¿Y las Milanés no se ofenden?
PALMA. (*En voz baja.*) Mueren de envidia. (*En voz alta.*) Carlota, cántanos algo, impera el reinado de la música. (*En voz baja, a Carlota.*) Para acallar ese ruido.
CARLOTA. Es hora de irnos.

VILLAYERDE. Si usted canta nos quedamos toda la noche oyéndola.
MUCHACHA 2. ¿Toda la noche? Nos perderemos el baile, Villaverde.

CARLOTA. Voy a complacerlos. (*Canta algunos versos de «La fuga de la tórtola». La voz de Milanés se oye sobre la canción.*)

MILANÉS. Algunas veces
me pongo a contemplar a quien más debo
en este mundo en que lloré pesares,
¡y de mi madre a las sentidas preces
el lauro justo llevo
y al hermoso sentir de tus cantares!
Por eso tú como la imagen bella
de la casta inocencia, te entrelazas
a la imagen de amor y vas con ella.
Por eso yo cuando feliz suspiro,
oigo tu voz y en la ventura creo,
¡porque una dulce precursora veo
en ti del bien a que ardoroso aspiro!

PASTORA. (*Interrumpe enloquecida entre el grupo.*) Oí la música, esas notas indecorosas del piano llenan la casa. ¿Cómo se atreven a sacar de ese instrumento tales obscenidades? Esta es mi casa, la casa de mis padres, la casa de mis abuelos, es la casa donde vivo y quiero desterrar de aquí toda inmundicia.

FEDERICO. ¡Tía Pastora!

PASTORA. Bueno estás tú, ¡indecente!

CARLOTA. Vamos, tía...

PASTORA. Con ustedes no voy ni al cielo. Son sucios como perros. Hasta dormidos piensan en asquerosidades. (*A Federico.*) ¡No me toques! No quiero que ningún hombre ponga sus manos sobre mí.

CARLOTA. Cálmese, tía, o llamo a papá.

PASTORA. Tú, mosquita muerta, relinchas como una yegua cuando te da el olor de los caballos. Pepe, ¿oíste el piano? Tuve que taparme los oídos, jadeaba, cada nota saltaba desesperada en busca de placer, sin resuello, buscando el aire para aplacar los instintos. ¿Por qué te callas? Tú lo oíste, sabes que es verdad lo que digo y que tengo razón: se nos mete en la carne el sonido y nos convierte en bestias. (*Silencio. Pastora tiene los brazos alrededor de su cuerpo en un gesto de defensa y placer a la vez. Sale muy lentamente.*)

MUCHACHA 2. (*Rompiendo la situación.*) Vamos a llegar al baile cuando todo haya pasado.

RITICA. (*A Carlota.*) Mamá que te pongas la manta.

CARLOTA. Hace calor.

VILLAYERDE. Debe abrigarse.

MUCHACHA 1. Usted la cuida demasiado.

VILLAYERDE. (*A Carlota.*) ¿Y hoy me permitirá bailar con usted?

CARLOTA. ¿No bailamos siempre?
VILLAVERDE. Se lo pido de manera especial.
CARLOTA. No es una noche especial.
VILLAVERDE. Para mí sí: estoy con usted.
CARLOTA. Conozco a los escritores: siempre buscando sensaciones para describirlas después.
VILLAVERDE. Le hablo en serio.
CARLOTA. ¿Y la literatura no es seria? (Llama.) ¡Pepe!
VILLAVERDE. Quiero acompañarla al regreso.
CARLOTA. Regresaré con mi hermano. Venga en el grupo.
VILLAVERDE. A usted no hay quien la entienda.
CARLOTA. ¿Por qué se molesta? No le he negado nada de lo que me ha pedido.
VILLAVERDE. Preferiría que se negara. (Se aleja.)
MUCHACHA 1. (A Carlota.) Lo vas a matar a disgustos.
FEDERICO. (Rodeado de muchachas.) No voy a bailar con ninguna de ustedes.
MUCHACHA 2. ¿Te vas a quedar sentado toda la noche al lado de tu mamá?
FEDERICO. Hoy estoy melancólico, abrumado, taciturno, tengo una tristeza tan grande que parezco un aura tiñosa.
MUCHACHA 1. ¿Y cuál es la causa?
FEDERICO. ¡No te burles, ingrata!

Música. Todos se entregan al baile con gran entusiasmo. Milanés permanece a un lado, observando. Aparece el Mendigo, se acerca a Milanés y le dice algo al oído. Milanés se aleja seguido por el Mendigo hasta el centro del escenario. El Mendigo insiste. La música se interrumpe y en el silencio se oye a Milanés que dice en voz alta: «Perdone». Todos lo miran. Siguen bailando sin música: un baile fantasmal, descomposición de los pasos anteriores. Milanés baila con el Mendigo. Los que bailan comienzan a musitar los versos siguientes creando un raro murmullo.

-Que hay una mancha en tu frente
imposible de borrar.
-Mancha negra en lino fino,
que primero rasga el lino
que se consiga lavar.
-Siempre la mancha horrible se divisa
cual negro buitre en el azul del cielo.
-Como en el fondo lóbrego de un río
la cola de algún pez que brille y huya.
MENDIGO. -¿Es girar tu destino, como gira
el vago insecto entre el charcal y el lodo?
-La noche se acerca, la tarde se va;
si el viento te coge, ¿de ti qué será?

424

-En esqueletos vivos convertidos,
macerando su cuerpo en hondas cuevas.
-Todo paró en vil ceniza,
todo en corrupción inmunda.

El baile se transforma en un burdel. Los hombres se disputan a una mujer que ríe a carcajadas y cae en brazos de Milanés.

RAMERA. ¡Yo soy la mujer de todos!

Milanés huye. Tropeziza con el Banquero que le ofrece una carta.

EL BANQUERO. ¿A qué carta se juega su vida? *(Se forma un garito. Los personajes lo rodean. Sacando cartas.)* Ahora la felicidad puede tocarle a cualquiera. A sacar el albur. Aquí esta la primera: el Rey de Oro.

MUJER QUE APUESTA AL REY DE ORO. Dos onzas al rey.

EL BANQUERO. No se precipiten, no hagan apuestas. El segundo albur puede ser una sorpresa. ¡Silencio! Debe hacerse en el mayor silencio para no alejar la suerte. Aquí, sobre la mesa, el Caballo de Espadas, triunfador en las guerras: la astucia y el valor en una sola carta.

JUGADORES. Corre, banquero, corre.

JUGADOR 1. A este albur me lo juego todo y compro dos negras de tetas como toronjas.

JUGADORES. Corre, banquero, corre las cartas.

JUGADOR 1. ¿Dónde está el gallo? Estoy esperándolo para jugarme la salvación eterna.

JUGADOR 2. El que juega albur y gallo es un caballo.

EL BANQUERO. ¡Y ya viene el gallo!

JUGADOR 1. Canta, mi gallo, anúnciame el día del triunfo. Canta y despiértame las gallinas.

JUGADOR 2. Pisa esa gallina, gallo, y que me ponga un huevo de oro.

EL BANQUERO. Ni caballo ni rey. Esta es la sota. Sota de Copas. ¿Quién juega, señores?

MUJER QUE APUESTA AL REY DE ORO. Dos onzas al Rey de Oro. Y brilla, brilla mi rey, ilumina mi vida con esa esfera amarilla en la punta de tu dedo. Mis manos son tus altares, aquí estás, anudado a mis dedos; envuelves mis muñecas con tu resplandor y siento tu frialdad en mi garganta. Como el sol, tienes su color y alumbras mis mañanas. Cuando envejezca tú prolongarás mi vida. Si estás de mi parte nada se me niega; el hombre más guapo introduce su mano en mi seno y allí tropieza contigo. Y cuando mis cabellos comiencen a blanquear tú les pondrás otros brillos. Nadie mirará mi piel cuando pierda su frescura porque tu reflejo penderá de mis orejas. Esa es mi apuesta.

Corre, banquero, corre, soy súbdita del rey que va a abrirme las puertas del paraíso.

JUGADORES. Corre, banquero, corre.

JOVEN QUE APUESTA A LA SOTA DE COPAS. La Sota de Copas, esa es mi carta. Contigo apuesto mi vida y llenamos la copa de ron. Y después la vaciaremos para que desaparezca el mundo.

JUGADORES. Corre, banquero, corre.

JOVEN QUE APUESTA A LA SOTA DE COPAS. Contigo olvido el oro y la espada. ¿Para qué me sirven? Apuesto al Siete de Copas y al Rey de Copas y al copón divino. Llénenme todas las copas de ron y la cabeza de niebla. Ese es mi paraíso.

JUGADORES. Corre, banquero, corre.

EL ESPAÑOL. ¡Criollos! Vosotros apostáis siempre al oro. Lo queréis todo fácil. Apostáis a una carta y queréis que os entreguen el paraíso, este paraíso de palmas y sol que tanto celebráis. ¡No! Yo apuesto al Caballo de Espadas. Ahí está nuestra fuerza. Toda la tradición de la España en ese jinete que blande su espada. Esa es mi carta de triunfo. Vengo de la metrópoli a poner orden en esta Isla de negros y azúcar. Lánzate, jinete, a recorrer la Isla, y ponla a mis pies, con sus negros y sus cañas y su azúcar que se vende a precio de oro. La espada es la fuerza y lo consigue todo: oro, mujeres, poder. De rodillas, criollos, de rodillas ante la fuerza del Caballo de Espadas. Corre, banquero, corre, con mi caballo dominaré este paraíso.

Todos se arrodillan. Música religiosa. El lugar del Español lo ocupa un Sacerdote. Cuatro actores sostienen un palio por encima de su cabeza. En las manos lleva el Santísimo Sacramento y se forma una procesión del Corpus Christi en la que participa la familia Milanés. Los personajes se mueven con la solemnidad y magnificencia de la celebración católica. La música se interrumpe por el sonido de tambores negros que precede a la Tarasca, llevada en brazos por negros. Es una serpiente marina con pechos enormes. Los negros bailan alrededor.

SACERDOTE. Jesucristo glorioso, vence místicamente con tu pasión y muerte al monstruoso Leviatán de ojos como párpados del alba. Con sus estornudos enciende lumbre y de su boca salen hachones de fuego, centellas de fuego le preceden, su aliento enciende los carbones y de su boca sale llama. En su cerviz está la fuerza y delante de él se esparcen el desaliento y la concupiscencia. Ni espada, ni lanza, ni dardo durará, saeta no le hace huir cuando alguno lo alcanzare. En pos de sí resplandece la senda. No hay en la tierra quien se le parezca, animal hecho exento de temor, menosprecia todo lo alto y reina sobre los soberbios. De su grandeza tienen temor los fuertes y a causa de su desfallecimiento hacen por purificarse.

El rito católico se convierte en profano: los negros bailan una danza de la fecundación llena de lujuria. Milanés avanza, queda aislado de los demás personajes blancos y se encuentra frente a la Tarasca, rodeado de negros.

MILANÉS. ¿Qué animal es este que aparece frente a mí y fascina mis sentidos? ¡Ah! ¡Qué fuerza me arrastra! El fuego que brota de su boca me quema, me atrae y adivino una exaltación indigna. Bestialidad execrable que surge inesperadamente y se adueña de la carne, hace arder mis dedos y mi labio se vuelve insano y torpe. ¿Por qué mi boca osada, ansiosa, se llena de vivo ardor? Te conozco, te conozco, sé todo lo que puedes y no hay pensamiento que se esconda de ti.

Tertulia

La Tarasca desaparece y Milanés queda solo en el escenario con el Mendigo.

MENDIGO. ¿A qué carta se juega su vida?

MILANÉS. ¡Basta! No quiero recordar más.

MENDIGO. Eso te tocó vivir.

MILANÉS. Qué dolor esa ciudad perdida. Y hay otros sucesos esperando, lo sé. Como la caja de Pandora, levantas la tapa y saltas la sangre. ¿No hay nada más que esta inmensa fábrica de azúcar?

MENDIGO. Están los campos, mucho azul y mucho verde, la madrugada que despierta al buey y salta en la montaña.

MILANÉS. Y la soledad. Tengo que encontrar otra ciudad, una ciudad dentro de la ciudad.

MENDIGO. Te propongo un juego. Yo digo una palabra y tú buscas un recuerdo.

MILANÉS. No soy un niño.

MENDIGO. El juego es un alivio.

MILANÉS. Nunca tomé la vida como juego.

MENDIGO. Todo el mundo comete errores.

MILANÉS. No me vengas con sarcasmos.

MENDIGO. ¿Entonces qué? Se acabaron los recuerdos y la repetición. ¡Ah!, poeta cobarde, acuérdate del Dante: no tuvo miedo, círculo tras círculo descendiendo incansable.

MILANÉS. Tú no eres Virgilio.

MENDIGO. Y por supuesto, tú no eres Dante. *(Pausa.)* Juguemos a que yo soy Virgilio.

MILANÉS. ¿Me llevarás al infierno?

MENDIGO. Escoge: infierno o paraíso. ¿Si digo paraíso, qué te recuerda?

MILANÉS. No.
MENDIGO. Vamos, será divertido. Paraíso, paraíso, paraíso...
MILANÉS. (*Entrando en el juego lentamente.*) Juegos infantiles, comedias, Federico comiéndose un mango, mamá dándome un beso antes de dormir, Carlota cantando, Carlota cantando, Carlota...
MENDIGO. Playa de Judíos.
MILANÉS. ¡Oh, qué bello es el mar cuando en Oriente su mansa ondulación el sol platea!...
El delicioso azul que le hermosea no se puede pintar, sólo se siente.
MENDIGO. Silla.
MILANÉS. Papá leyendo.
MENDIGO. Escuela.
MILANÉS. Roma y Cartago, palmeta, calabozo.
MENDIGO. Teatro.
MILANÉS. Lope de Vega.

Ríen según avanza el juego.

MENDIGO. Calle.
MILANÉS. Llovizna, sereno, farol, volanta.
MENDIGO. Soga.
MILANÉS. Batel.
MENDIGO. Loco. (*Milanés no contesta, el Mendigo se apresura a decir otra palabra.*) Dinero.
MILANÉS. Padrino.
MENDIGO. Látigo.
MILANÉS. Negro.
MENDIGO. Escalera.
MILANÉS. Látigo.
MENDIGO. Gafas.
MILANÉS. Domingo.
MENDIGO. Libro.
MILANÉS. Domingo.
MENDIGO. Amigo.
MILANÉS. Domingo.
MENDIGO. Maestro.
MILANÉS. Domingo.
MENDIGO. Chino.
MILANÉS. Domingo.
MENDIGO. Araña.
MILANÉS. Domingo.

Aparece Domingo del Monte seguido de Palma y Villaverde. Algunos esclavos sirven moviéndose en un respetuoso silencio.

MILANÉS. Domingo, no es posible.
DEL MONTE. No se acobarde, Milanés.
MILANÉS. Cuando joven hice unos ensayos, pero sin ningún valor.
DEL MONTE. ¿Pretende que el arte sea fácil?
MILANÉS. El teatro es más difícil que la poesía.
VILLAVERDE. Sí, es cierto. Los pueblos nuevos viven más la vida del sentimiento o la poesía, que la vida del juicio o la meditación.
MILANÉS. El drama no sólo debe pintar el exterior del hombre sino también su interior. Y entre nosotros debe expresar una deducción moral que nos saque de la impasibilidad en que vivimos.
PALMA. No podemos tener teatro: somos un pueblo sin historia.
DEL MONTE. Cállese, pesimista a la moda. (*Risas.*) Discutí mucho con Heredia: hay la posibilidad de un teatro americano, olvidándose del fatalismo griego. Huáscar, ese es un tema; Huáscar atrayéndose la cólera de su padre, las disensiones de Huáscar y Atahualpa, la sangrienta jornada de Cajamarca.
VILLAVERDE. No sé qué pensar. Hay escritores y público que no están dispuestos a escribir ni a oír otra cosa que de dinero, de negocios y de empresas. Y si acaso de diversiones, chistosas o ridículas, cuando no escandalosas.
MILANÉS. Tengo un tema que me da vueltas.
DEL MONTE. ¿De veras? Ah, nos oculta sus proyectos.
MILANÉS. No es nada definitivo. Sólo... Es un tema de impresión social inmediata, basado en un romance español.
DEL MONTE. Pues ahora mismo lo echo a puntapiés de mi casa y se pone a escribir.
PALMA. ¿Ni siquiera lo va a dejar disfrutar del refresco de tamarindo?
DEL MONTE. Bien. Concedida la merced, ya que Palma intercede. Mire, mire este tomo de Calderón. ¡Ah! Estoy tan orgulloso de esta edición. (*Huele y acaricia el libro.*) Es exquisita, hecha con un cuidado extraordinario. Un libro debe ser un objeto artístico: las tapas, el papel, hasta la disposición de los encabezamientos pueden producir una emoción estética. Ay, estas gafas inquietas no cabalgan bien sobre mi nariz. Lléveselo y léalo, siempre se aprende de los clásicos.
MILANÉS. Perdone que para agradecerse lo no le escriba una oda a lo Plácido. (*Risas.*)
PALMA. ¿Y no es excesivamente conceptual?
DEL MONTE. La condición del poeta no es sólo cantar por cantar, como usted piensa, Palma. Un escritor debe sustentar sus obras con un orden fijo de ideas.
PALMA. No, no, no. ¡Me niego!
DEL MONTE. Usted vive negando.
PALMA. La poesía no es más que el primer arranque del alma. ¿Qué tiene que ver con la reflexión ni el examen?

DEL MONTE. Ideas afrancesadas. Dumas, George Sand y De Vigny hacen una literatura de réprobos; presentan un caos de ideas y sentimientos donde, entre adulterios y la más repugnante concupiscencia, aparece el suicidio como síntoma que corroe la sociedad.

PALMA. Nadie puede glorificarse de haber practicado siempre los mismos principios.

MILANÉS. Yo escribiré siempre con toda libertad, pero respetando la moral, aun en lo más íntimo.

PALMA. ¿Quién no ha acogido, con el entusiasmo de la pasión, alguna idea de consecuencias perniciosas? Y además, ¿qué influjo tiene el poeta en nuestro siglo?

DEL MONTE. ¿Qué dice? Hoy más que nunca es responsable del uso que haga de sus facultades, pues conoce el influjo de sus ideas sobre la muchedumbre.

VILLAVERDE. Es triste, pero jamás vimos una sociedad tan indiferente para las cosas del espíritu.

MILANÉS. Yo estoy persuadido de que las letras ejercen una influencia: bien para mejorar o bien para pervertir.

DEL MONTE. Y por eso la sociedad tiene derecho a exigirle.

PALMA. ¿Y quién será el portavoz de la sociedad, el Capitán General o los negreros?

DEL MONTE. Vivimos en un siglo predestinado a resolver grandes y terribles problemas. Y la poesía debe decir presente.

PALMA. Le dan demasiada importancia a la poesía.

VILLAVERDE. No hay engrandecimiento ni cultura verdaderos y eficaces, si no marchan a la par el interés por el movimiento científico y literario con el mercantil e industrial.

DEL MONTE. (*Se sienta. Un negro le coloca un escabel.*) El poeta, antes que poeta, se considerará hombre, y junto a los demás artistas y filósofos que sean dignos de llamarse hombres, quiero decir, que sientan bríos y tengan corazones enteros y varoniles, empleará todas sus fuerzas a la mejora de sus semejantes. Y para eso tiene que revestirse de un espíritu militante y denodado y no renegar cobardemente de la humanidad, tan calumniada. Esa es su misión.

PALMA. ¿Cuál, pedir limosnas como Homero o andar fugitivo como el Dante? Cuando más, podemos aspirar a vivir encerrados en una cárcel, como el Tasso.

MILANÉS. Soñamos con una Arcadia y vivimos en una sociedad donde la esclavitud crea vicios. Palma, usted se encanta cantando, y ante las pequeñas penas nuestras, las penas del país son más importantes.

PALMA. No veo qué eficacia puede tener un poema.

MILANÉS. Denunciar esos vicios.

PALMA. ¿Denunciar ante quién? Todos los conocen.

MILANÉS. La gente vive dentro de la corrupción sin verla. Un poema ilumina la corrupción, la hace viva ante los ojos de quienes lo leen.

PALMA. Ese poema se deshace ante el filo de una espada. Nos atropellan, nos gobiernan con leyes especiales y usted piensa en la eficacia de un poema. No me haga reír. ¿Quiénes somos nosotros? Una minoría que discute estos problemas. Los demás se enriquecen con la sangre de los negros.

DEL MONTE. Y los negros son el minero de nuestra mejor poesía. Dilo. Eso es lo que hay que decir, que se enriquecen con el trabajo de unos hombres a los que han llevado a la condición de bestias. La esclavitud nos corrompe a todos, insensiblemente va minando nuestras instituciones, convirtiéndonos en seres ociosos y viciosos.

PALMA. Con sangre se hace azúcar, dicen, y los latigazos ahogan nuestras voces.

Se oyen latigazos; suenan nueve campanadas y un grupo de esclavos avanza cantando tristemente. Los textos siguientes se distribuyen entre diferentes actores.

ESCLAVO. Es el Avemaría. El día comienza.

ESCLAVO. Las campanas nos llaman al trabajo.

ESCLAVO. Los campos esperan.

ESCLAVO. Los cañaverales son más extensos que el mar que atravesamos desde nuestra tierra.

TODOS. Nuestra tierra.

ESCLAVO. En nuestra tierra no hay campanas.

ESCLAVO. Y los dioses están libres.

ESCLAVO. Están libres los tambores.

ESCLAVO. Y cantan y bailan bajo los árboles.

Aparece el Contramayoral, negro.

CONTRAMAYORAL. ¡Vaya! ¿Esperan cortar toda esa caña cantando? Pues a cantar rápido. Yo llevo el ritmo. ¿Quieren música? Pues a cantar conmigo.

Suena el látigo. Los negros cantan una canción de trabajo de ritmo más vivo. El Contramayoral vigila. Se acerca a un negro y lo azota.

ESCLAVO. ¿Por qué me pega?

CONTRAMAYORAL. Porque quizás en estos momentos estás deseando que me parta un rayo. Voy a borrar de tus ojos esa mirada de

odio. (*Levanta el látigo y se lo enseña.*) Aquí tengo el borrador. Míralo bien, observa el largo. Desde aquí llega a tus nalgas y te trazo una cruz. Apréndete de memoria su canto. Oye cómo suena. (*Suena el látigo varias veces.*) ¿No suena lindo?

ESCLAVO. Estoy enfermo.

CONTRAMAYORAL. (*Dulce.*) ¿Quieres ir a la enfermería?

ESCLAVO. No tengo fuerzas, anoche trabajé en las pailas.

CONTRAMAYORAL. (*En el mismo tono.*) Necesitas una buena medicina.

ESCLAVO. Tengo fiebre, se me cierran los ojos... El sol...

CONTRAMAYORAL. ¿Quieres jarabe de manatí o fricciones de manatí? (*Brutal.*) ¡Tumba! (*El negro se acuesta boca abajo. El Contramayoral lo fustiga. La música adquiere un aire guerrero.*) ¿Quieres que sea bueno? ¿Quieres que sea dulce? ¡Cuenta, cuenta! (*El Esclavo irá contando los latigazos según los reciba.*) Buenos son los santos y los santos son los amos. ¿Pretendes que corte contigo? Yo no soy como tú. Óyelo bien. Yo soy el contramayoral, yo dirijo esta negrada, yo duermo aparte, yo como aparte, yo hablo con el amo. Pagó por ti cuatrocientos pesos. Pagó por mí cuatrocientos pesos. Yo los devuelvo dando cuero y a ti hay que sacártelos del cuerpo. ¡Corta! No hay que pensar en la tierra, ni en dioses ni tambores. Los amos son los dioses y quieren que cortes. Déjame limpio este campo como si nunca hubiera habido caña. El amo ordena y yo cumplo. Ahora este es mi Dios. (*Levanta el cuero.*) Mi único Dios. Él me saca de los campos, me da el sueño y las mejores negras. Ya no soy la bestia que espera la campana para descansar. Yo ordeno que se toque la campana. Yo doy órdenes como el amo. Ya no soy la bestia que trabaja. Yo soy un hombre.

Los negros quedan estáticos, mirándolo. Suenan nueve campanadas.

ESCLAVO. Son las Vísperas.

ESCLAVO. Con las campanas abandonamos los campos.

ESCLAVO. Pero esperan las pailas, el trapiche, los tachos.

ESCLAVO. Y después, después llega el sueño.

TODOS. Ah, el sueño.

Suena la campana. Los esclavos se mueven como en sueño.

ESCLAVO. El toque de reposo y recogimiento nos anuncia el sueño.

ESCLAVO. El barracón en silencio, el murmullo de la noche fuera y dormir, dormir cuatro horas.

ESCLAVO. Cuatro horas cada noche después que termino las faenas.

ESCLAVO. Días iguales, con noches iguales en años iguales.

ESCLAVO. Duermo, duermo y entonces estoy vivo.

ESCLAVO. Dormir me reintegra a la vida.
ESCLAVO. Soñar con irse al monte.
ESCLAVO. Alzarse, alzarse. Dejar atrás el barracón y dormir en el monte.
ESCLAVO. Dormir sin miedo. Y mientras duermo soñar que dormimos todo el día.
ESCLAVO. La alegría de soñar con la tierra, la nuestra.
ESCLAVO. Soñar que el palenque está lejos y el rancheador no lo descubre.
ESCLAVO. Soñar que no hay perros.
ESCLAVO. Soñar que no hay foete.
ESCLAVO. Soñar que no hay amo.
ESCLAVO. ¡Cuidado! Estás dormido.
ESCLAVO. La vigilia es la pesadilla: el manatí y el bocabajo.
ESCLAVO. El mayoral y el manatí.
ESCLAVO. ¡Cuidado! No te duermas, el calabozo es traicionero.
ESCLAVO. Atención, no te duermas, carga el bagazo.
ESCLAVO. Vigila, no dejes tu sangre en las mazas.
ESCLAVO. Cuida tus manos, no las pierdas trituradas como cañas.
ESCLAVO. Corto con los ojos cerrados, dormido.
ESCLAVO. Dormido llevo la caña al trapiche.
ESCLAVO. Dormido echo la leña en los hornos.
ESCLAVO. Dormido atiando las pailas.
ESCLAVO. Dormido como el funche y el tasajo.
CONTRAMAYORAL. (*Sonando el látigo.*) Abre los ojos, negro, que te quiero bien despierto.
MILANÉS. Campiñas, ¡ay!, do la feroz conquista
cual antes en el indio, hoy vil se ensaña
en el negro infeliz; donde la vista
al par que mira la opulenta caña
mira, ¡qué horror!, la sangre que la baña.
DEL MONTE. Estas cosas deben ser conocidas. El mundo tiene que enterarse de lo que sucede en la Isla.
PALMA. El lápiz rojo impedirá que se publique una palabra.
DEL MONTE. Encontraremos la forma de divulgarlo. Siga escribiendo así. Siempre hay un juego, una argucia, un traspie para burlar la censura.

Entre los negros aparece El Inglés.

EL INGLÉS. Mi país, la Gran Bretaña, aprobó la abolición inmediata de la esclavitud en 1838 y todas las Antillas son desde entonces un hervidero de ideas abolicionistas.
ESCLAVO. ¿Son libres en Jamaica?
EL INGLÉS. Libres.
ESCLAVO. ¿Y en Nassau?

EL INGLÉS. Libres. Y en Haití hace años que son tan libres como un ciudadano francés. (*Acercándose a Del Monte.*) Usted y yo nos entendemos. Desde 1817, España y Gran Bretaña firmaron el tratado sobre la supresión de la trata, y mi país está dispuesto a exigir su cumplimiento.

DEL MONTE. No piense en lo que España firma. Vea lo que hace.

EL INGLÉS. Estoy aquí para hacer que se cumpla. Todo negro que haya entrado en la Isla después de esa fecha tiene derecho a su emancipación. Y registraremos los navíos. ¿Piensa que la juventud cubana está dispuesta a cooperar para acabar con este horror?

DEL MONTE. Todos están interesados en la eliminación de la trata.

EL INGLÉS. ¿Y la abolición?

DEL MONTE. Primero un paso, después otro. No se puede correr si no se sabe caminar.

EL INGLÉS. Los negros aprenden a caminar corriendo. (*Se dirige a los negros.*) Hay blancos dispuestos a cooperar con el plan. Obtendremos todas las libertades: la independencia de España y la abolición de la esclavitud.

DEL MONTE. Cuídese de España, es un enemigo peligroso.

EL INGLÉS. En mi país se mira la esclavitud como una abominación. En nuestras colonias hemos demostrado que puede fabricarse azúcar sin mano esclava.

DEL MONTE. Los cubanos que piensan lo saben. Por eso vive Saco desterrado. Tengo materiales literarios que usted podría publicar.

EL INGLÉS. ¿Literatura abolicionista? Cuanto antes mejor.

DEL MONTE. Suárez está escribiendo una novela sobre un tema que conoce perfectamente: describe la vida de los esclavos en un ingenio. ¿Y usted qué hace, Milanés?

MILANÉS. Pronto podré leerles un acto de *El conde Alarcos*. No es una obra antiesclavista, pero trata un tema social.

DEL MONTE. Ya lo ve. ¡Nuestros jóvenes no pierden el tiempo! Tanco y Federico escriben poemas con temas negros. ¡Ah!, quisiera que conociera a Manzano, es un joven poeta esclavo. Hemos iniciado una colecta para comprar su libertad.

El Contramayoral trae a Manzano y lo coloca en un cepo de frente al público, de modo que mientras dice su texto sólo son visibles la cabeza y las manos.

MANZANO. En 1810 si mal no me acuerdo, una tarde salimos al jardín. Ayudaba a mi ama a trasplantar algunas maticas. Al retirarnos, sin saber lo que hacía, cogí una hojita, una hojita no más de geranio donato, esa malva sumamente olorosa. Llamole la

atención el olor y me preguntó: ¿qué traes en las manos? Mi cuerpo se heló de improviso. Enseguida vino el administrador, a quien me entregó. Yo fui para el cepo. En este lugar, antes enfermería, pero que ya no se le daba ningún empleo y sólo se depositaba en él algún cadáver, se me encerró. Apenas me vi solo cuando todos los muertos me parecía que se levantaban y vagaban por todo lo largo del salón. Una ventana medio derrumbada golpeaba sin cesar y cada golpe parecía un muerto que entraba por allí de la otra vida. No bien había empezado a aclarar cuando sentí correr el cerrojo. Entra un contramayoral seguido del administrador. Me sacan una tabla y un mazo de cujes con cincuenta de ellos. Veo al pie de la tabla al administrador envuelto en un capote. Dice debajo del pañuelo que le tapa la boca con una voz ronca: ¡Amarra! Mis manos se atan como las de Jesucristo, se me carga y mete los pies en las dos aberturas que tiene. También mis pies se atan. ¡Oh Dios! Cuando volví en mí me hallé en el oratorio en brazos de mi madre.

Del Monte y sus amigos sacan a Manzano del cepo. Entran Oviedo y los Hacendados 1 y 2.

HACENDADO 1. ¿Qué piensan? ¿Cuál es el juego de esos criollos anglófilos?

HACENDADO 2. Se enternecen con las lágrimas de un negrito que ha escrito cuatro mamarrachadas y han comprado su libertad.

OVIEDO. ¿Se imaginan que nos vamos a dejar despojar de nuestras propiedades? Esos negros son nuestros, nos costaron nuestras onzas y nos pertenecen legalmente.

HACENDADO 1. Y la propiedad es sagrada.

DEL MONTE. Si acabáramos con la trata podríamos blanquear la Isla.

HACENDADO 2. ¿Cómo es posible? ¿Quién cortará la caña? Sabemos bien cuántos negros mueren en cada zafra. ¿Y con qué vamos a reponerlos? Son nuestros, más baratos que las máquinas inglesas, digan lo que digan Saco y sus amigos. Somos los dueños de estas tierras y las hacemos producir con los medios que tenemos.

DEL MONTE. El análisis de Saco es correcto: los colonos blancos inmigrarían y tendríamos una civilización distinta.

OVIEDO. ¡Ah, la filantropía! Ahora les ha dado por la filantropía.

HACENDADO 1. Yo me cago en la filantropía. Los ingleses quieren la abolición porque no pueden competir con nuestros precios.

DEL MONTE. El hombre debe defender el progreso, no el salvajismo.

HACENDADO 1. Salvajes, sí. Son monos. Los bajaron de la mata y les cortaron el rabo. Repare en sus bembas, su nariz ñata, su

frente aplastada, su haraganería, su torpeza, su abandono, su ingratitud para con nosotros que los hemos traído de su continente salvaje para cristianizarlos.

EL INGLÉS. ¿Es satisfactorio el estado de la religión en la Isla?

DEL MONTE. Pocos creen y los que creen son supersticiosos, ignorantes y corrompidos.

EL INGLÉS. ¿Y los clérigos también tienen esclavos?

DEL MONTE. Hasta los frailes de Belén tienen un número considerable.

HACENDADO 1. ¿Y pretenden que los tratemos como hombres? Apenas pueden rezar el Padrenuestro.

DEL MONTE. No se lo han enseñado porque ni ellos mismos lo saben.

HACENDADO 1. El demonio se les mete en el cuerpo. ¿No los han visto bailar? Saltan y se contorsionan como verdaderos monos. Nunca podrán pertenecer a una sociedad civilizada. Hay que mantenerlos separados, aislados, sus costumbres dañarían nuestra sociedad. Hay que conocerlos: son lúbricos y pecadores.

OVIEDO. Sólo piensan en tambores, en pañuelos de colores, en bailar los domingos en el batey.

HACENDADO 2. Un tambor los enloquece. Los he visto bailar durante horas al ritmo de un cajón.

HACENDADO 1. Y cuando son libres se visten de colorines, se ponen sombreros estafalarios y se contonean por las calles de La Habana con una navaja en la cintura.

HACENDADO 2. El último censo arrojó cifras alarmantes. Más del cincuenta por ciento de la población es negra.

OVIEDO. Hay el peligro inminente de una rebelión. La Isla peligra, porque en una rebelión triunfará el negro o el blanco, esa es la alternativa. Y si triunfan los negros, ¡adiós civilización! Recuerden Haití.

HACENDADO 1. Cuando se sublevaron en Haití incendiaron las haciendas, asesinaron a sus amos y violaron a las mujeres blancas.

HACENDADO 2. Viven obsesionados por nuestras mujeres. Miran la carne blanca de una mujer y enloquecen.

OVIEDO. ¡Qué extraño! Yo enloquezco cuando veo las nalgas de una negra. Cuando me casé, la noche de la boda, salí de la casa de vivienda y me fui al barracón y aspiré el olor de los vestidos de una negra. Necesitaba ese olor, ese olor que me acompaña desde niño; mamá de una negra, crecí entre negras y una negrita de doce años, costurera de mi madre, me enseñó las delicias de la zona oscura. (*Risas.*) Y sigo buscando ese olor, ese olor que traen de su tierra, un olor negro, un olor de oscuridad, de cuarto en penumbra, de sábanas sudadas, de piel tersa bañada en saliva.

MILANÉS. ¡Puercos! Son más salvajes que los salvajes de que hablan. Se dicen cristianos pero la concupiscencia los corrompe y los

convierte en bestias. Animales amodorrados que duermen en hamacas al mediodía mientras sueñan con infiernos de lujuria.

DEL MONTE. ¿Y qué puede hacer?

MILANÉS. Estoy indignado.

DEL MONTE. Esa es la indignación que tiene que utilizar.

MILANÉS. Ya lo estoy haciendo. *El conde Alarcos* estará terminado dentro de unos días.

Aparece El Español en el centro de la escena.

EL ESPAÑOL. ¿Quién puede creer que son tertulias literarias? Cuevas de conspiradores enemigos de la España. ¿A quién reciben allí? A los ingleses. Les hacen honores en sus reuniones y les oyen sus filípicas contra la esclavitud. Y en el fondo no hay más que una sola idea: separatismo. ¿Creéis que vivo con los ojos cerrados? Tengo miles de ojos que vigilan por mí. ¡Ah, España, qué hijos tan ingratos tienes en esta Isla! Pero yo cumpliré la misión que me ha encargado la Reina Gobernadora. Los tendré a raya, aquí no permitiré lo que pasó en el continente. Por eso Saco no volverá a poner los pies en esta tierra: esos jóvenes ambiciosos lo admiran y están dispuestos a seguir sus ideas. Que no se publique ni una sola palabra ambigua. Ya lo sabéis, ni una sola palabra que pueda poner en peligro el dominio de la España sobre esta tierra que nos pertenece. Porque nosotros la pusimos en el mundo y nos hemos sacrificado durante trescientos años para hacerla rica, civilizada y cristiana.

Los Hacendados se acercan.

HACENDADO 1. Vuestra Excelencia debe saber que cuenta con nuestra simpatía.

EL ESPAÑOL. No bastan las palabras. Espero demostraciones más evidentes.

HACENDADO 2. Hemos atacado a esos criollos que pretenden impedir la entrada de negros en la Isla y destruir nuestra economía.

EL ESPAÑOL. ¿Por qué los atacan? No hacen más que pedir que se cumplan los tratados con la Gran Bretaña. Os enriquecéis porque en la Isla entran barcos cargados de ébano que se convierten en onzas relucientes en vuestras manos. ¿Y qué recibe la España? La Reina Gobernadora se expone. Las leyes firmadas por su mano son inviolables.

OVIEDO. ¿Vuestra Excelencia quiere decir...?

EL ESPAÑOL. Que no quiero escándalos con los ingleses. Vosotros andáis contentos, satisfechos, con los bolsillos repletos. Y la España sufre los peligros.

HACENDADO 1. Vuestra Excelencia no debe preocuparse. Nosotros sabremos corresponder a la magnanimidad de España y de la Reina Gobernadora.

EL ESPAÑOL. Espero que así sea. Os dejo con mi esposa.

Sale, dándole paso a La Española.

HACENDADO 1. ¿Está bien de salud Vuestra Excelencia?

LA ESPAÑOLA. ¿Quién puede hallarse bien en este horno?

HACENDADO 2. Pero a la sombra siempre corre brisa.

LA ESPAÑOLA. En la sombra están nuestros enemigos. Vivimos rodeados de enemigos. Cantan letrillas insultantes contra el Capitán General, sabemos que nos dicen sobrenombres ofensivos y publican libelos infamantes contra España. Nadie puede sentirse a gusto en una tierra así.

OVIDO. Esto puede mitigar sus males. *(Le entrega una bolsa.)*

LA ESPAÑOLA. ¿Cuánto hay aquí?

HACENDADO 1. Trescientas onzas.

LA ESPAÑOLA. Mal rayo los parta. *(Tira la bolsa.)* ¿Es que también tendremos que luchar contra los amigos?

HACENDADO 1. ¿Qué dice Vuestra Excelencia? Los amigos son fieles.

LA ESPAÑOLA. Fieles pero ladrones. Tres barcos entraron por la zona de Cuba en menos de una semana. ¿Cuántos negros traía cada uno?

OVIDO. No eran tantos, Excelencia. Eran goletas pequeñas.

LA ESPAÑOLA. ¡Goletas! Son capaces de traer mil negros en un bote. ¿No sabéis que yo también llevo cuentas? Recibo informes, sé cuántos negros entran por las costas, a quién los vendéis y a cómo. Quiero cuentas claras. O recibo media onza por cada negro que entra en la Isla o los ingleses se encargan de vuestros barcos. Media onza, ni un real menos.

HACENDADO 2. Excelencia, Excelencia.

LA ESPAÑOLA. Dejaos de remilgos y tantos parabienes y genuflexiones. ¡Las onzas, González, las onzas! Si permitimos que vosotros entréis los negros y nos exponemos a que Inglaterra nos vigile no es para recibir homenajes. ¡Excelencia, Excelencia!, pero faltan cien onzas. Recordad bien y decid a vuestros amigos, miserables negreros, que a mí no se me escapa un solo negro. Tomad vuestra bolsa y traed la cantidad exacta. Quiero esa bolsa repleta.

Los personajes desaparecen en la sombra. El Mendigo se adelanta hacia Milanés, acompañado de un negro que usa como ejemplo.

MENDIGO. Cifras, cifras y tantos por ciento, Milanés. La historia es muy simple: en la Costa de Marfil un negro es perseguido,

atrapado, apaleado y encadenado en la bodega de un barco español o portugués, entre cientos de negros, unos sobre otros y todos sobre sus excrementos, ¡entre la mierda, poeta! Así hace el viaje desde el continente negro hasta el continente indio. ¡Ah! La nobleza de los blancos les hace conocer que el mundo es redondo y que hay mares inmensos, cerúleos, donde navegan hermosos veleros, esbeltos y orgullosos, que recorren la ruta descubierta por el glorioso Colón. Los ingleses, blancos, cristianos y filantrópicos, han decidido acabar con esa ignominia. ¡Quieren vender sus máquinas!, y registran los barcos españoles, portugueses y norteamericanos. Pero el barco negro es taimado y lanza al azul del mar su mercancía negra. Y el negro perseguido, atrapado, apaleado y encadenado se convierte en una cifra. Después dice la historia: se calcula que en la travesía perecía el veinte por ciento de la carga. O si no se lee: en 1817 el número de esclavos era de 199 145. En 1838, la cifra, ¡siempre la cifra!, se había elevado a 436 495. Si tratas al hombre como una bestia, lo persigues, lo acosas y lo humillas, el hombre se convierte en lo que quieres que se convierta: en una bestia, una bestia acosada. Pero una bestia es peligrosa, es agresiva, y una bestia acosada está dispuesta a acabar a dentelladas con su perseguidor. Vamos, Milanés, pon tu granito de arena contra ese español que hace crecer las cifras.

Milanés comienza a leer. Cuando se indique, El Español continúa diciendo las réplicas del Rey y Milanés actúa como el Conde.

MILANÉS. Al señor Domingo Del Monte dedica *El conde Alarcos* su amantísimo amigo, José Jacinto Milanés. Acto II, escena V. Personajes: El Rey y Alarcos.

ALARCOS. Gran señor, si consentís
que a España me torne ahora,
pues ya cumplí...

Rey. ¡Callad, callad!, que en mal hora
llegasteis, conde, a París.

ALARCOS. Si en volver no me dilato,
y si ves que estoy contigo,
¿en qué he faltado al contrato?

EL ESPAÑOL. Conde, escuchad lo que os digo:
¡sois conmigo un hombre ingrato!
¿Fuera gratitud volverte
a tu patria, y mi bondad
menospreciar de esta suerte?

MILANÉS. ¡No, sino necesidad
tan terrible como fuerte!

EL ESPAÑOL. Ya sé: de abreviar los plazos
por volver a ver la hermosa
que quizás con torpes lazos....

MILANÉS. Señor, no es dama, es esposa
la que me tiende sus brazos.

EL ESPAÑOL. ¿Esposa decís? Alabo
vuestro enamorado ardor,
aunque a la verdad no acabo
de entender cómo un esclavo
se atreve a tener amor.

MILANÉS. Mi rey, mi señor, si erré
fue porque en tu amor fié
mi perdón.

EL ESPAÑOL. ¡Funesto error!
¿Qué amor, decidme, qué fe
hay entre esclavo y señor?
¿Sabéis que sois un traidor?
¿Sabéis que mi deshonor
con sangre se ha de lavar?
¿Sabéis que no puedo hablar
porque me ciega el furor?

MILANÉS. Señor, si os hablé su alteza
y como vasallo, yo
he de callar, ¡mi bajeza
pague mi cabeza!

EL ESPAÑOL. ¡No!

MILANÉS. ¿Y qué remedio hay, señor?

EL ESPAÑOL. Casarte al primer albor
con Blanca.

MILANÉS. ¡Yo! ¿De qué suerte?

EL ESPAÑOL. Dando a tu esposa la muerte.

MILANÉS. ¿A mi esposa? ¿A mi Leonor?
¡Señor, en nombre de Dios,
puesto que sois rey, sed hombre!

EL ESPAÑOL. ¿Qué es lo que quieres que valga
a tu esposa? Ella no es
de nombre ni sangre hidalga.
Es plebeya: muera pues
antes que la aurora salga.

MILANÉS. ¿Y quién, estando yo aquí,
ha de dar muerte a mi esposa?

EL ESPAÑOL. Quien mande yo, porque ya
me he determinado a ello.
Y un ministro ejecutor
en secreto enviaré
para que muerte le dé.

MILANÉS. ¿A mi esposa? ¿A mi Leonor?
Yo la ampararé.

EL ESPAÑOL. ¿Qué estás
diciendo? Tú callarás.

MILANÉS. ¡Yo!

EL ESPAÑOL. Tú eres esclavo mío.
Conde, no hay más que decir
sobre lo dicho. Ella tiene
esta noche que morir.

MILANÉS. ¿Piensas que obedeceré
tus órdenes?

EL ESPAÑOL. Sí, porque
si no haces lo que he prescrito,
¡yo le buscaré un delito
y la decapitaré!

Aplausos en el cortejo. Gritos. Todos los personajes rodean a Milanés, que se retira en medio de los aplausos. Sólo quedan Pastora, los locos y el Mendigo.

MILANÉS. Al fin era el éxito y todo era posible. Los periódicos hablaban de mí, la gente me buscaba, recibía cartas pidiéndome poemas y me habían pagado diecisiete onzas como derechos. Hablé con papá y le dije: Mira, la poesía también paga, puedo vivir sin traicionarme; así soy, en esto creo. Era estar en lo alto alto del Pan y abajo Matanzas, la ciudad entera a mis pies.

PASTORA. Huye, Pepe, enciérrate en tu cuarto como yo. No te dejes encantar por el mundo. Esos sonidos son más indecentes que las notas del piano. No toques ese dinero. No pises las calles. El atrio de la iglesia está manchado de mendigos. Enciérrate en tu cuarto de paredes blancas y no salgas más.

ZEQUEIRA. Milanés, esta es tu hora. No te pueden negar nada.

SERENO. Conquistaste tu ciudad, no sólo tu ciudad, sino la Isla entera.

JOSEFA. Pide por esa boca: no te negarán nada: ni el oro ni el amor.
Es el minuto de la dicha.

ZEQUEIRA. Toma mi sombrero y te hará invisible. Oye lo que dice la gente: hablan de ti con admiración y esperan mucho más. Como yo, tienes el poder de la palabra, que pasa a la posteridad.

Carcajada del Mendigo.

MILANÉS. No tenía nada. Estaba solo en lo alto alto del Pan y abajo la ciudad, siempre inconquistable. El triunfo no era como yo esperaba y tenía que encontrar algo, algo...

El amor

En el cortejo se oyen voces femeninas que llaman: «Pepe». Aparece Lola. Los locos se pierden en las sombras.

LOLA. ¡Pepe, Pepe!

MILANÉS. ¿Y esa voz?

LOLA. ¡Pepe!

MILANÉS. ¿De dónde viene ese recuerdo?

LOLA. Soy yo.

MILANÉS. ¿Qué quiere?

LOLA. Qué circunspecto. Ahora me tratas de usted.

MILANÉS. ¿La he visto antes?

LOLA. Mírame bien. *(Es una mujer vieja, repulsiva. Tiene las manos deformadas por la artritis.)* Muchas veces te miraste en mis ojos. Míralos, tienen el mismo color. Hay menos pestañas y han perdido el brillo, pero el color sigue siendo el mismo. Y las manos..., acariciaste estas manos con recato, tal vez con demasiado recato..., ¡siempre fuiste excesivamente puro! Pero estuvieron entre las tuyas.

MILANÉS. Seguramente hay una equivocación.

LOLA. Ah, sí, me equivoco. Ya no es Pepe.

CARLOTA. *(Aparece y lo llama.)* Vamos, Pepe, ese recuerdo...

LOLA. No te lo vas a llevar, mosquita muerta. Tenemos mucho que hablar.

MILANÉS. ¿Qué sucede, Carlota?

LOLA. Ella no tiene nada que ver en esto. O tal vez sí. Con su aire de sabihonda y su ternura fraternal me hizo la vida imposible.

CARLOTA. No tenemos que escuchar insultos.

LOLA. ¿Ves? ¡Escuchar! No dice oír como todo el mundo. Ahora van a tener que escucharme los dos. A no ser que prefieras irte, Carlótica. Pero no sé adónde...

CARLOTA. No hay razón para entrar en aclaraciones después de tanto tiempo.

LOLA. Tanto tiempo. ¿Cuántos años fueron? ¿Diez? ¿Diez años de mi vida no cuentan para nada?

MILANÉS. ¿Quién es, Carlota?

LOLA. ¿Hará falta una presentación formal? Ah, sí, ya comprendo. Ahora es José Jacinto Milanés, poeta laureado, poeta celebrado, poeta aplaudido, poeta muerto. Ya no es el Pepe que me dedicó sonetos. Una parte de tu vida está ligada a mí y hay que recordarla. Escribiste poemas en que mi nombre está unido a hermoso, almo, ligero. Cuando regresaste de La Habana, después del cólera, visitabas mi casa. ¿Eso no hay que recordarlo? Una noche...

MILANÉS. (*Recordándola.*) ¡Lola!

LOLA. Sí, la adorada Lola.

MILANÉS. Perdón.

LOLA. No me trates como al Mendigo. Fui tu novia, Pepe, tu novia de diez años. Y todavía preguntas. No te perdono el olvido.

MILANÉS. Mi vida no fue una fiesta.

LOLA. Yo estaba muerta y enterrada. ¿Quién me trae aquí a recordar los años en que me fui secando mientras me inflaba como una calabaza? Sola en una ciudad donde nadie me miraba como posible esposa porque había estado diez años contigo. Me estaban negados el velo y los azahares porque tú no me los diste. Y después, los años que viví hasta mi muerte, fui llenándome de tanta amargura que escupía para no envenenarme. Mira estas manos, ¡por Dios!, y arráncame los recuerdos.

MILANÉS. (*Comienza a regresar al pasado con la descripción.*) Estas manos que acaricié tantas veces: dedos largos, ágiles como palomas, se mueven sobre el bastidor mientras bordas con hilos púrpuras y celestes un cojín. Me siento en un escabel y te observo en silencio: la cabeza inclinada sobre el bordado, la línea del cuello iluminada por la luz del postigo. Te observo en silencio. Toda la vida, toda la vida, la vida entera observando esa línea de luz que dibuja la unión de tu barbilla con el cuello y desciende hasta el seno.

LOLA. (*Transfigurada.*) Estás muy callado, Pepe.

MILANÉS. Entre nosotros sobran las palabras. Soy feliz.

LOLA. Te contentas con poco.

MILANÉS. ¡Ay!, divinos así y encantadores
ricos de suavidad única y sola,
¡me inundaron de amor los vencedores
ojos que ostenta mi adorada Lola!
El aura embalsamada que a estas flores
besa, al volar, la tímida corola
es su aliento gentil: su blando acento
aquel raudal que me enamora lento.

LOLA. ¿Vas a publicarla?

MILANÉS. No. Que nada entorpezca nuestra intimidad. Quiero preservarla de miradas ajenas. Que nada la destruya nunca. Me siento en paz mientras estoy contigo. Siempre será así, siempre, siempre...

LOLA. ¡Qué siempre tan breve!

MILANÉS. Después que rompimos...

LOLA. (*Como al comienzo de la escena.*) Rompiste tú. Y la ciudad entera se rió de mí. Eran diez años de lo que tú llamabas amor casto.
¡Una palabra! Siempre enamorado de las palabras. Palabras que no cumpliste, porque de pronto apareció ella...

CARLOTA. ¡Cállate!

LOLA. Tú siempre queriendo ocultarlo todo. «Que nadie se entere. No pasa nada. Pepe está bien.» ¡No! Estuvimos callados mucho tiempo y ahora alguien nos impulsa a hablar. (*A Milanés.*) ¿Quién era? ¿Qué tenía? Una chiquilla estúpida que se reía por nada. Y allá van las lecturas y los paseos y los juegos y yo me daba cuenta de que algo pasaba porque yo no era estúpida y te conocía muy bien y eran diez años y los silencios significaban mucho para mí y los ojos empezaban a brillarte como antes y a veces parecía que habíamos vuelto atrás, que acababas de llegar de La Habana después del cólera, pero yo no era la causa del regreso al pasado, el motivo estaba frente a tu casa, yo lo adivinaba y la ciudad entera lo sabía. Te parabas detrás de la ventana y vigilabas, cualquier rumor te hacía correr hasta el postigo: una volanta, un vendedor de panales...

MILANÉS. (*Grita.*) ¡Isa!

Lola huye. Carlota se acerca y lo calma, llevándolo hacia la parte oscura del escenario. El Mendigo se adelanta con un largo tablón y lo coloca como puente sobre dos soportes; se sube sobre el tablón.

MENDIGO. Llueve torrencialmente. Repentinamente a las cinco de la tarde escampa y brilla de nuevo el sol de mayo. Pero la calle de Gelabert ha quedado convertida en un lodazal. Allí está la casa de los Milanés; al frente la de los primos, los Ximeno. La única forma de cruzar la calle es poniendo un tablón sobre los charcos.

FEDERICO. (*Cruza por el tablón llamando alegremente.*) ¡Babí, Babí!
RITICA. Fico, ayúdame.

Ríen mientras Federico la ayuda a cruzar.

CARLOTA. (*Desde un extremo.*) Fico, dile a Antonio que venga para que pruebe el boniatillo.

DOÑA RITA. ¿No pueden estarse en su casa un momento?

Federico regresa con Antonio y en el centro del tablón se encuentran con Cleo.

FEDERICO. ¿Qué quieres?

CLEO. Voy a buscar una cinta que Isa me va a prestar.

CARLOTA. Cleo, dile a Babí que me mande el hilo.

CLEO. ¿De qué color?

CARLOTA. Azul celeste, es para coser la cinta.

CLEO. (*Se encuentra con José Manuel.*) ¿Vas para casa?

JOSÉ MANUEL. Dice Fico que Pepe escribió unos versos muy cómicos.

CLEO. Para morirse de risa.

Pasan primos de uno al otro lado, con risas y aspavientos. Se oyen frases: «Cuidado. Me caigo. No me salpiques», etcétera. Milanés avanza desde un extremo seguido por primos y hermanas; Isa avanza desde el otro, algunos la siguen. Se encuentran en el centro, ella pierde el equilibrio y él la sostiene. Quedan abrazados unos instantes. Los demás miran en silencio y se retiran lentamente.

MILANÉS. ¡Oh, bella ante mis ojos, como brilla
un cielo puro al desposado amante,
en cuyo limpio y celestial semblante
es rosa del Edén para mejilla!
Si revelar mi cítara sencilla
toda tu gracia al mundo circundante
pudiera, ¡ay Dios!, humilde en el instante
doblara el mundo entero la rodilla.
Cada palabra tuya es un cariño,
cada mirada tuya es una aurora
que arroba ya mi corazón de niño.
¿Por qué he tardado, amiga encantadora,
en darte el corazón? Yo me lo riño.
¡Mas de amarte a ti sola siempre es hora!

Isa se retira asustada, mientras él la sigue hasta el extremo del tablón. Ella se pierde en el extremo que representa su casa. Milanés, cabizbajo y en silencio, volviendo la vista hacia atrás, regresa hacia la suya. En casa de los Ximeno se preparan para asistir a una fiesta.

SIMÓN. ¿Qué se ha creído ese loco?
ISABEL. No hables así.
SIMÓN. ¿No está viendo que es una niña?
ISABEL. Está asustada.

En casa de los Milanés. El padre hace cuentas; la madre zurce.

DOÑA RITA. Pero no sé cómo lo van a tomar.
DON ÁLVARO. Como tienen que tomarlo. Ahora trabaja y en la compañía de ferrocarril lo aprecian.
DOÑA RITA. Ximeno es muy celoso.
DON ÁLVARO. Puede darse con un canto en el pecho. Ya no es el Pepe que trabajaba en su oficina. Es don José Jacinto Milanés, respetado en todas partes.

En casa de los Ximeno.

SIMÓN. No es más que eso, un vagabundo.
ISABEL. Ximeno, es mi sobrino.
SIMÓN. Un sobrino vagabundo.
ISABEL. Está trabajando.
SIMÓN. Porque yo le conseguí el destino. Pero me lo han dicho: que pierde el tiempo, sigue perdiendo el tiempo con sus versitos.
ISABEL. En La Habana lo respetan mucho.
SIMÓN. ¿Quiénes? Los que son como él, los que se buscan problemas: esa turba de abolicionistas a los que hay que salir a defender a cada rato.

En casa de los Milanés.

DON ÁLVARO. ¿Qué quieren para la niña, un duque?
DOÑA RITA. Ellos no han dicho nada.
DON ÁLVARO. Pero se han distanciado. Y tu cuñado me saluda a duras penas. Mucho amor, mucho cariño mientras las cosas no tocan fondo.

En casa de los Ximeno.

SIMÓN. Un depravado.
ISABEL. No te permito...
SIMÓN. Lo dice todo el mundo. Matanzas entera.
ISABEL. Eso es mentira.
SIMÓN. Casi treinta años, ¿y sabes lo que hace?
ISABEL. No quiero saber nada.
SIMÓN. Sí, se encierra y en su cuarto, solo... ¡como los muchachos!
ISABEL. Cállate.
SIMÓN. Les tiene miedo a las mujeres.

En casa de los Milanés.

DON ÁLVARO. Que vengan y nos lo digan en la cara: nos oponemos.
DOÑA RITA. Se va a enfermar.
DON ÁLVARO. Que se comporte como un hombre: firme.

En casa de los Ximeno.

SIMÓN. Si vuelve a molestarla, le entro a patadas.
ISABEL. Está enfermo.
SIMÓN. A patadas le quito la enfermedad.

En casa de los Milanés.

DON ÁLVARO. Que digan la verdad; que somos pobres, que no tenemos un real, que aspiran a casarla con un rico, que quieren venderla, eso es lo que quieren.

En casa de los Ximeno.

SIMÓN. No voy a permitir que mi hija se muera de hambre con un loco que hace versos.

El Mendigo y Milanés avanzan hacia el frente. El Mendigo se lleva el tablón.

MENDIGO. Y no hizo falta el tablón.

MILANÉS. *(Comienza a hablar lentamente, con gran seguridad. Termina en un delirio.)* Yo soy José Jacinto Milanés, poeta. El autor de *El conde Alarcos*, estrenada en el Teatro Tacón, elogiada en Madrid. Soy honrado, culto, de una familia intachable. ¿Dónde está mi mancha? Y ellos... ¿De dónde viene su linaje? ¿Dónde están los títulos, los castillos, dónde están los escudos y los pergaminos? ¿Qué tienen? Onzas, sólo onzas relucientes escondidas en arcas de madera. Sus títulos: onzas. Sus pergaminos: pesos. Y ella me ama. Lo supe mientras le leía un poema, me sonreía y bajaba los ojos, con las mejillas ardiendo de pudor por mi presencia. Pero la han encerrado bajo cerrojos en el último cuarto para impedir que me vea. La tienen maniatada, las manos blancas atadas con cuerdas para que no toque las mías que tiemblan. Le han puesto una mordaza para impedir que me llame. Yo lo adivino. Oigo su voz aquí, aquí, dentro de mi cabeza está su voz que suplica y grita mi nombre. Oigo cómo grita mi nombre de noche, no puedo dormir, hace noches que no duermo, y cuando duermo oigo su voz. Su amor es más fuerte que todas las mordazas, atraviesa los muros y ella viene hasta mi cuarto. Anoche estuvo, vestida de blanco con un clavel, y se acercó a mi cama. Sin tocarla, sin tocarla. Paseó por mi cuarto, me entregó el clavel, rojo rojo como la sangre que corría por sus labios, la atormentan, la torturan de noche y la azotan, la atan a las rejas de la ventana y la azotan hasta que sangra y viene a mi cuarto con el vestido blanco manchado. ¿Dónde está mi mancha? Mancha mis sábanas y deja mi cuarto repleto de sangre, la sangre va anegando mi cuarto, lo encharca, no puedo tocar los libros, están manchados, no puedo coger la pluma, es la pluma de un pájaro asesinado. ¡Asesinos!

Se oyen tambores. Un grupo de esclavos avanza con teas encendidas. Los textos siguientes se distribuyen entre distintos esclavos.

ESCLAVO. Es la hora del fuego y la liberación.
ESCLAVO. Basta de amos y esclavos.
ESCLAVO. Basta de azotes, torturas, bocabajos.
ESCLAVO. Se acabaron los negros y los blancos.
ESCLAVO. Se acabaron los esclavos y coartados.
ESCLAVO. Que el fuego consuma las casas de vivienda.
ESCLAVO. Que el fuego arrase con los cañaverales.
ESCLAVO. Con los barracones.
ESCLAVO. Con los cepos y los foetes.
ESCLAVO. Con las pailas, los tachos, los hornos.
ESCLAVO. Con las cajas de azúcar.
ESCLAVO. Con los bocoyes de miel y las pipas de aguardiente.
ESCLAVO. Correremos libres sobre la tierra calcinada y cantaremos.
ESCLAVO. De la mañana a la noche cantaremos la canción de la libertad.

Aparecen Oviedo, los Hacendados y sus mujeres. Los tambores siguen sonando.

HACENDADO 1. Toda la dotación del ingenio Alcancía se ha alzado en los campos y corren endemoniados incendiando lo que encuentran a su paso.
HACENDADO 2. Los cañaverales arden en San Juan Nepomuceno, en Santa María, en San Nicolás.
MUJER 1. ¡Sálvennos! ¿No hay un hombre capaz de enfrentarse a esas bestias?
OVIEDO. Los negros de San Francisco gritan enfurecidos pidiendo libertad.
HACENDADO 1. En Santa María de la Buena Gracia quemaron la casa de vivienda y asesinaron a seis hombres y dos mujeres.
MUJER 1. Los tambores me enloquecen.
MUJER 2. Suenan de la mañana a la medianoche anunciando la rebelión.
HACENDADO 1. Se les unen los negros de San Antonio, de San Pedro, del Cristo de la Bienandanza.
MUJER 1. Y bailan, bailan alrededor de mi quinta.
MUJER 2. Los tambores no cesan.
MUJER 3. Bailan, bailan desnudos.
HACENDADO 2. Cometan los crímenes más atroces en la Purísima Concepción.
OVIEDO. Degollaron al dueño del Victoria del Santísimo Sacramento.
HACENDADO 1. Violaron a una niña en el Santísima Trinidad.
MUJER 1. Me miran, miran mi carne blanca.
MUJER 2. Y se excitan cuando oyen mi voz blanca.
MUJER 3. Quieren arrancarnos los vestidos.

MUJER 1. Desnudarnos y atarnos a los cepos.
MUJER 2. ¡No! Yo no quiero ser azotada en el cepo.
MUJER 3. Siento su respiración negra en mi nuca.
MUJER 1. Sus manos negras en mis senos.
MUJER 2. Buscan mis muslos, sus dedos negros arden cuando recorren la carne blanca de mi vientre.
MUJER 3. Me atraviesan el cuerpo con sus teas encendidas.

El cortejo comienza a marcar pasos militares. Aparece El Español.

EL ESPAÑOL. Que un destacamento de lanceros del Rey salga inmediatamente hacia Matanzas donde las asonadas en los campos están acabando con la civilización blanca. Que se haga un escarmiento con todos los negros sublevados. Todo negro que sea encontrado en el campo fuera de su finca queda en manos de las autoridades competentes. Llevad los presos a las haciendas, amarradlos a los palos del batey y que sean azotados frente a la negrada. Después, a la vista de toda la dotación, encended pencas de guano y quemadles sus vergüenzas. Arracadles las manos y colgadlos bien alto en los bateyes. Cortadles los pies con un hacha y colgadlos en las torres de los ingenios. Cortadles las cabezas y colocadlas en los extremos de unas púas, clavadlas en la tierra, para escarmiento de todos los esclavos. La España será inflexible con estos sublevados, hará cumplir sus leyes y los mantendrá en sumisión. Quemad, destruid, destrozad sus carnes, pero que la sumisión sea absoluta, que la ley se extienda con mano rigurosa y los doblegue para siempre. Y que ni un solo negro vuelva a gritar la palabra libertad.

MILANÉS. ¡Asesinos!

El sonido de los tambores decrece. Las otras figuras desaparecen y Milanés queda solo. Pastora se acerca con un gran cuchillo en la mano y se lo muestra.

PASTORA. Con este cuchillo la degollaron.

MILANÉS. *(Toma el cuchillo y lo mira alucinado.)* Vi cuando levantaba este cuchillo. Los otros la mantenían inmóvil sobre la mesa de la cocina. Se reían mientras la sujetaban, se reían mientras levantaba el cuchillo, lo mantuvo en el aire y lo hundió en el cuello.

PASTORA. La sangre le manchó la camisa; la mesa de la cocina está roja de sangre. ¡Hay que limpiarla! Tú y yo somos los encargados de dejarla inmaculada.

MILANÉS. Después la traerán al comedor, aderezada con papas y aceitunas. No probaré bocado. ¡No volveré a probar bocado!

PASTORA. Hay que limpiar. Buscaré agua y jabón y no quedará una sola mancha.

MILANÉS. La sangre no puede limpiarse, se adhiere a las cosas en coágulos cárdenos.

PASTORA. Agua, mucha agua. No quedará una sola mancha. Quiero que todo sea impoluto y reluzca.

MILANÉS. A mis niñeces volvedme gratas, que ya volaron como las nubes.

(Transición.) Es inútil.

PASTORA. Me destrozaré las manos purificándolo todo.

MILANÉS. Siempre queda un coágulo oculto. Es mejor levantar el cuchillo y... *(Se abre el cuello de la camisa, se palpa buscando un lugar.)* ¡Aquí!

CARLOTA. *(Aparece y lo detiene.)* ¡Pepe!

MILANÉS. Carlota, ¿viste cómo se hartaban?

CARLOTA. Papas, comían papas.

MILANÉS. Era carne, vi cuando la degollaban.

CARLOTA. Yo prepararé tus comidas.

MILANÉS. Sin carne. ¿Me lo prometes?

CARLOTA. ¿No confías en mí? *(Le quita el cuchillo.)*

MILANÉS. Hollemos hoy la solitaria playa.

Declina el rojo sol.

Aparecen el padre, la madre, Federico y las hermanas. Se pasan el cuchillo uno a otro diciendo: «Escondan los cuchillos», mientras sigue el texto.

MILANÉS. Estoy cansado.

CARLOTA. Tienes que dormir.

MILANÉS. Tengo frío.

Candelaria entra con una gran capa negra forrada en grana. Se la entrega a Carlota.

CANDELARIA. ¿Cómo está el niño?

CARLOTA. *(Furiosa, pero sin gritar.)* Está perfectamente. ¡Vete! Le duele la cabeza, nada más. Vete. Una esclava no tiene que mezclarse en estos asuntos. Hay mucha ropa que lavar. Vete al patio, a tu lugar. *(Se vuelve muy dulce a Milanés.)* Abrígate. *(Lo envuelve en la capa y lo sienta en un sofá.)* La noche está fría.

MILANÉS. No podré dormir nunca más.

CARLOTA. Yo estoy aquí. Dormirás veinte años y yo estaré sentada aquí veinte años. *(Toma un bastidor y comienza a bordar.)*

SERENO. *(Pasando.)* Las diez de la noche de un día de mayo de 1843. Noche muy clara. Hay luna. El señor nos regala un tiempo espléndido. Todo está en paz.

Delirio

Se oyen distintos sonidos: látigos, tambores, lamentos, pasos militares cada vez más fuertes. Una voz grita: «¡Fuego!»

VOZ DE PLÁCIDO. Adiós, mundo. Adiós, Cuba. No hay piedad para mí. ¡Fuego aquí!

Pasos militares. Aparece Plácido: lleva una banda de lino arrollada a la cabeza. La banda y la camisa están manchadas de sangre. Voz que grita: «¡Fuego!»

PLÁCIDO. Adiós, mundo. Adiós, Cuba. No hay piedad para mí. ¡Fuego aquí! (*Milanés se estremece. Carlota permanece bordando, inalterable. Plácido se acerca lentamente a Milanés.*) Ahora podemos estar juntos y conversar. Hay algo que nos iguala, mi muerte y tu delirio. En fin, que todo ha terminado para nosotros. (*Pasos militares. Voz que grita: «¡Fuego!»*) ¡Fuego aquí! (*Silencio.*) Es muy simple. Sientes el impacto de la bala que penetra, rápido, un golpe inesperado. (*Lírico.*) Y entonces el calor casi agradable de la sangre que brota y te va cubriendo, te envuelve y cae al suelo, allí se extiende y el charco crece..., crece... (*Rápido.*) ¡Ya! (*Vuelven a oírse pasos militares.*) No, no, no vuelvas a pensar en eso. (*Ríe.*) Para ti es una obsesión, para mí un recuerdo más. ¡Qué extraño! Nos recuerdan haciendo los gestos que no dependieron de nuestra voluntad. Milanés saliendo de la casa de la calle Gelabert y gritando «Isa, Isa». Muy dramático. Plácido camino del patíbulo recitando la Plegaria. ¿Te gusta esa imagen que retienen de nosotros? No, yo preferiría que me recordaran amando a Gila. O bailando. Simplemente tomándome un vaso de cerveza o comiéndome una tajada de piña. Qué delicia morder la fruta y sentir el jugo que te llena la boca. En esos momentos fui feliz. Eso es algo que tú te perdiste: las mujeres, el baile, los gallos.

MILANÉS. Me asombra la gente que goza viendo cómo dos animales se destrozan.

PLÁCIDO. Odio a la gente que goza azotando a un negro.

MILANÉS. Yo también.

PLÁCIDO. Lo sé, por eso puedo hablar contigo. No estoy tan envilecido.

MILANÉS. Perdóname.

PLÁCIDO. Te perdoné hace tiempo.

MILANÉS. Escribí aquel poema irritado al ver cómo desperdiciabas tus dotes. (*Molesto.*) ¿Cómo podías escribir aquellas odas, cantar el cumpleaños de una niña tonta, ensalzar a un viejo gordo y gotoso cargado de dinero? No puedo entenderlo.

PLÁCIDO. Es muy simple. Tenía ruidos en la barriga y había que llenarla, si no el estruendo cubriría la Isla. *(Tono confidente.)* Y podían acusarme de subversivo. Infidencia, es la palabra exacta.

MILANÉS. Yo tampoco era rico.

PLÁCIDO. Pero eras blanco.

MILANÉS. Había que ser inflexible, no ceder ante la corrupción.

PLÁCIDO. No, no, Milanés, había que vivir. La Isla entera convidaba a vivir. Tú lo sabes. Mucho azul y mucho verde y el aire embalsamado de las madrugadas.

MILANÉS. Vivir con decoro o enloquecer.

PLÁCIDO. Tú pertenecías al mundo, era un mundo blanco.

MILANÉS. En ese mundo blanco yo no pude estudiar, en ese mundo blanco fui rechazado por mis parientes, en ese mundo blanco sentí tanto asco que prefiero mi silencio.

PLÁCIDO. En ese mundo blanco tú podías elegir. Yo no. Yo era rechazado porque mi padre había sido un mulato cuarterón y sólo podía ser carpintero, peinetero, músico. Decidí ser poeta. Y se la cobraron. No les gustó que yo eligiera. «Qué atrevimiento el de ese mulato que no se da su lugar y quiere igualarse a nosotros y usar el idioma castellano, blanco, como si fuera el suyo. Y además lo emplea bien y el pueblo lo aclama, lo admira, lo busca, repite lo que dice. Es demasiado atrevimiento.» Y ese mundo blanco inventó una conspiración fantástica para acabar con un mundo mulato que se iba formando. Y por aquí entró la bala.

Se oyen gritos de mujer. Oviedo arrastra a la negra Polonia y la presenta frente al Gobernador de Matanzas.

OVIEDO. Cuenta, cuéntale al señor gobernador todo lo que sabes. *(Polonia grita.)* No grites, bestia. Habla.

POLONIA. Tengo miedo. Si se enteran me matarán. Voy a aparecer ahorcada en una guásima.

EL GOBERNADOR. Habla sin miedo, negra, la ley te protegerá.

POLONIA. Son muchos, no podrán protegerme. Todos están de acuerdo y acabarán con nosotros. Son cientos y cientos, todos de acuerdo.

Huye. Plácido corre y se interpone en su camino.

PLÁCIDO. Bestia ruin. ¿Qué te proponías?

POLONIA. Suéltame. Tú no tienes ningún derecho.

PLÁCIDO. Habría que cortarte la lengua.

POLONIA. Tú eras libre. Tú no podías entender lo que me pasaba.

PLÁCIDO. Te vendiste por unos pesos.

POLONIA. Me habían vendido hacía tiempo y ahora compraba mi libertad. Después que hice la denuncia me dieron la libertad y quinientos pesos. ¡Entonces fui como tú!

Oviedo se acerca y la lleva de nuevo frente al Gobernador.

OVIEDO. Repite todo lo que dijiste.

EL GOBERNADOR. ¿En qué están de acuerdo?

OVIEDO. Habla o seré yo quien te saque la lengua.

POLONIA. Van a matar a las negras.

EL GOBERNADOR. ¿Qué negras?

POLONIA. Las negras del Santísima Trinidad. Las que se acuestan con él. *(Señala a Oviedo.)*

EL GOBERNADOR. ¿Quiénes las van a matar?

POLONIA. Los negros. Hablan, se reúnen en los barracones, cuchichean en los rincones, se esconden en el monte, buscan a los negros de otras dotaciones, me miran con odio, miran con odio a todas las negras que nos acostamos con blancos y todos están de acuerdo en acabar con nosotras. Y después..., después acabarán con todos los blancos.

EL GOBERNADOR. ¿Cómo lo sabes?

POLONIA. Me amenazaron.

OVIEDO. ¿Lo ve usted? Vivo amenazado. Todas mis propiedades están en peligro de ser incendiadas y a mí me degollarán cualquier noche.

POLONIA. Te lo dije. Fui la única que se atrevió a decírtelo. Tus otras negras no hablaron. Dejarán que quemen el ingenio, el fuego acabará con la casa de vivienda, te atravesarán la garganta con un clavo y ellas no hablarán. Yo sí, yo te lo dije todo. Tú eres mi amo; mandas y no tengo secretos para ti. Las otras se callan. No las dejes entrar más en tu cuarto, ni siquiera tocar tus sábanas. Ponlas en el cepo y márcales el cuerpo con el manatí, destrózales las nalgas a foetazos.

OVIEDO. ¡Cállate ya!

EL GOBERNADOR. Investigue. Sáqueles cuanto pueda. Le autorizo hacer cuantas averiguaciones crea pertinentes. Le mandaré un ayudante que conoce muy bien la zona de la Sabanilla: Francisco Hernández Morejón.

Aparece Hernández Morejón, alias Pancho Machete. Se dirige a los Hacendados.

PANCHO. Llegó mi momento. Se acabaron las risitas a espaldas de Hernández Morejón. De frente no se atreven a abrir la boca. Mudos se quedan, sin habla, tiesos como palmas. ¡Ah, Pancho Machete! Ahora tendrán razón en decirme Pancho Machete

porque voy a poner a funcionar el filo de mi nombre. Con mi nombre les voy a cortar la cabeza a todos esos mulatos lindones que se están haciendo ricos y creen que tienen a Dios cogido por las barbas.

HACENDADO 1. Quiero que se me permita hacer investigaciones.

PANCHO. ¿Investigaciones? ¡Ya lo creo! Que no quede un solo negro sin investigar.

HACENDADO 2. Entre la negrada de mi ingenio hay una gran inquietud. Se nota en todo lo que hacen, mientras trabajan, en el barracón. Ya no bailan y los tambores tienen un toque extraño.

PANCHO. Para que todo salga a la luz lo autorizo a usar los medios de corrección que estime necesarios. ¿Está claro?

OVIEDO. Capturamos una cuadrilla de cimarrones que pretendían libertar a un grupo de esclavos presos.

PANCHO. ¿Cómo lo sabe?

OVIEDO. (*Gesto de azotar.*) Hice hablar a un negrito. Dijo que se prepara un alzamiento en Ceiba Mocha. Miles de negros están comprometidos. Si no tomamos medidas drásticas, esto va a acabar muy mal.

PANCHO. Frente a toda la dotación, póngalos contra un poste y allí, uno a uno, a la vista de todos, acabe con ellos como escarmiento. Después quemé los cadáveres para que no quede ni la sombra de la conspiración.

Entran El Español y El Fiscal, rodeados por algunos militares.

EL ESPAÑOL. Hay que lograr el esclarecimiento de esta situación y castigar a los culpables. Que la Comisión Militar se encargue del proceso. Su presidente tiene mano abierta para emplear los medios que estime convenientes.

Traen tres escaleras. Comienzan a amarrar en ellas a los negros mientras el Sacerdote dice el texto siguiente.

SACERDOTE. La tortura no puede hacerse hasta ocho horas después de haber comido y esto para que no se conturbe el estómago, vomite el reo y le sobrevenga enfermedad grave e incurable. No se puede torturar a menores de catorce años ni mayores de sesenta y cinco años; a los que padecen de fiebre, apoplejía, epilepsia o gravis morbo gallicus, a los que han sufrido graves contusiones en la cabeza, garganta, pecho, vientre, brazos; a los corpulentos por superabundancia de grasa, a los estrechos de pecho, monstruosos, gibosos, desiguales de brazos y mujeres embarazadas.

EL FISCAL. (*Junto al Sacerdote.*) Como presidente de la Comisión Militar encargada de esclarecer todo lo concerniente a la

conspiración de los negros contra la raza blanca, declaro: cuando se trata de la seguridad del país y de un delito de Estado, cualquier medio es legal y permitido si de antemano existe la convicción moral de que ha de producir el resultado que se desea y es exigido por el bien general.

En el cortejo suenan látigos. El Fiscal, con una botella en la mano de la que bebe de cuando en cuando, interroga a los negros, que son azotados con fiereza. El Negro 2 permanece orgullosamente callado durante todo el interrogatorio.

EL FISCAL. ¿Has hecho contacto con el enemigo?

NEGRO 1. Yo no sé nada.

EL FISCAL. ¿Por qué negar lo que es de todos conocido? Sabemos que el Enemigo Infiel siembra las cizañas entre las mieses. Confiesa.

NEGRO 1. Yo trabajo, trabajo y corto caña.

EL FISCAL. Di la fecha, la fecha del levantamiento. *(Lo azotan.)*

NEGRO 1. Nochebuena.

EL FISCAL. ¿Estás seguro?

NEGRO 1. Pascuas, será en Pascuas.

EL FISCAL. Ladino, esos errores ocultan tu obstinación. ¿Cuándo, cuándo?

NEGRO 1. Nochebuena, Nochebuena Chiquita.

EL FISCAL. Fijaos cómo trata de evadir la investigación de este tribunal. Ni el tormento es capaz de hacerle abrir su corazón. Si en dicho tormento muriese o fuese lisiado, sea a su culpa y cargo, y no a la nuestra, por no haber querido decir la verdad. *(Lo azotan.)* ¿Es cierto que se pretende acabar con la raza blanca, quemando los cañaverales, matando el ganado y sorbiendo su sangre?

NEGRO 1. Sí.

EL FISCAL. Para mayor acrecentamiento de la justicia conviene separar la mala semilla de la buena. Los nombres, quiero los nombres de los complotados.

NEGRO 1. Narciso Mina.

EL FISCAL. No te calles. Sigue nombrando a los fanáticos.

NEGRO 1. Santiago.

EL FISCAL. ¿Ese Santiago es diestro en artes de brujería?

NEGRO 1. No, no.

EL FISCAL. ¿Ese Santiago os vende amuletos para haceros inmunes a las armas de los blancos?

NEGRO 1. No.

EL FISCAL. ¿No os vende póчимas y yerbas con poderes contra los blancos?

NEGRO 1. No.

EL FISCAL. Los padres brujos os han hecho creer que podréis acabar con la raza blanca, incendiando, matando, desgarrando y violando, con espanto de cuantos lo vieron.

NEGRO 1. No, no, no.

EL FISCAL. Los nombres, quiero los nombres de los padres brujos.

NEGRO 1. Onofre Gangá.

EL FISCAL. Nombres. Los nombres de todos los que atentan contra nuestra civilización. (*Lo azotan.*)

NEGRO 1. Ignacio Congo, Melitón Lucumí.

EL FISCAL. Somos odiados no solamente por los esclavos. Hay otros nombres que todavía no has dicho. Nombres con sus apellidos, nombres detrás de los cuales hay oficios, profesiones, tierras, esclavos, onzas. Nómbralos.

NEGRO 1. Santiago Mina, José Gangá.

EL FISCAL. ¡No! Desecha todo temor y pronuncia los nombres ingleses y castellanos, blancos, los nombres blancos. Debes denunciar al enemigo que está urdiendo toda esta conjuración. Dilo. (*Pausa.*) Turnbull, es un inglés que se llama Turnbull. (*Lo azotan.*)

NEGRO 1. Turnbull.

EL FISCAL. ¿Os ha hecho entrega de armas para exterminar a los blancos?

NEGRO 1. Sí.

EL FISCAL. ¿Qué otros blancos están juramentados?

NEGRO 1. Otros blancos.

EL FISCAL. Quiero los nombres.

NEGRO 1. Nombres, nombres.

EL FISCAL. ¿Domingo del Monte es un juramentado?

NEGRO 1. Sí.

EL FISCAL. ¿José de la Luz y Caballero?

NEGRO 1. Sí.

EL FISCAL. Santiago Bombalier, Félix Tanco, Pedro José Guiteras, Benigno Gener.

NEGRO 1. Sí, sí, sí, sí.

EL FISCAL. ¡Inmediatamente! Cúrsese orden de encarcelamiento contra las personas acusadas. Es herejía ver a estos criollos mezclándose en las tenebrosas maquinaciones de los ingleses, haciendo alianzas malditas con los negros, y todo por desautorizar a la España y separarse de la metrópoli. (*Al Negro.*) En esta ciudad hay un individuo, dentista de profesión, que lleva una vida extraña, reúne con negros y viaja frecuentemente. Ese individuo tiene dinero, fincas, y gasta sus onzas vistiendo y viviendo como los blancos. Dime su nombre.

NEGRO 1. No lo conozco.

EL FISCAL. ¿Cómo se llama ese dentista que conspira para exterminar a los blancos?

Lo azotan.

NEGRO 1. ¿Cómo se llama?

EL FISCAL. Dodge. Andrés Dodge.

NEGRO 1. Dodge. Andrés Dodge.

EL FISCAL. Escribano, anótese el nombre de Andrés Dodge. ¡Anótelo!

El reo ha confesado la participación de Dodge en la conjuración. Confiscadle los bienes, encerradlo en la Vigía e incomunicadlo hasta que se haga una investigación exhaustiva. (*Al Negro.*) Ahora los nombres de los músicos. ¡Los nombres!

NEGRO 1. No sé los nombres.

EL FISCAL. Jorge López.

NEGRO 1. Jorge López.

EL FISCAL. ¿Es Jorge López un enemigo de la raza blanca?

NEGRO 1. Sí.

EL FISCAL. ¿Es Santiago Pimienta un enemigo de la raza blanca?

NEGRO 1. Un enemigo de la raza blanca.

EL FISCAL. José Miguel Román.

NEGRO 1. José Miguel Román.

EL FISCAL. Bartolo Quintero, zapatero.

NEGRO 1. Bartolo Quintero, zapatero.

EL FISCAL. José de la O, alias Chiquito.

NEGRO 1. Chiquito.

EL FISCAL. Bruno Huerta.

NEGRO 1. Bruno Huerta.

EL FISCAL. Miguel Naranjo, Pedro de la Torre, Antonio Abad.

NEGRO 1. Sí, sí, sí.

EL FISCAL. Ya estás en el buen camino, dime el nombre de quien dirige toda esta intriga.

NEGRO 1. Dime el nombre.

EL FISCAL. Tú lo sabes. Es un mulato que escribe poesías.

NEGRO 1. Un mulato que escribe poesías.

En el cortejo se oyen voces que gritan: «Huye, Plácido».

EL FISCAL. Plácido.

NEGRO 1. Plácido.

Arrastran a Plácido hasta donde está El Fiscal.

EL FISCAL. Así que usted, Gabriel de la Concepción Valdés, alias Plácido el Poeta, es el cabecilla de esta conspiración que se propone exterminar a los blancos.

PLÁCIDO. Para acabar con los blancos nunca he conspirado.

EL FISCAL. No niegue la evidencia. Hay un poema suyo que dice:
«Extendidas mis manos he jurado

ser enemigo eterno del tirano,
manchar si me es posible mis vestidos
con su execrable sangre, por mi mano.»
Ese oficio de poeta no es más que una excusa para disimular
su vagancia. ¿Por qué viaja tan frecuentemente por el interior
de la Isla?

PLÁCIDO. Me gusta cambiar de aire.

EL FISCAL. ¿Tiene contactos en Trinidad?

PLÁCIDO. Tengo amigos.

EL FISCAL. ¿Y tiene que visitarlos tan a menudo?

PLÁCIDO. Cuando me siento solo.

EL FISCAL. Esos amigos de Trinidad son tan sospechosos como usted.

Y allí, junto con ellos, estuvo en la cárcel.

PLÁCIDO. Fui puesto en libertad porque no había cargos contra mí.

EL FISCAL. No trate de evadir la justicia. Conocemos perfectamente
sus antecedentes. ¿Dónde están escondidas las armas?

PLÁCIDO. Mis armas son las palabras. No tengo otras.

EL FISCAL. ¿Por qué va tanto a los bailes?

PLÁCIDO. En esta Isla a todos nos gusta bailar.

EL FISCAL. ¿Usa los bailes para tener reuniones con los juramentados?

PLÁCIDO. Bailo porque me gusta la música.

EL FISCAL. ¿Por qué se casó con una negra siendo un mulato claro,
casi blanco?

PLÁCIDO. Es inútil responder esa pregunta. Usted no tiene nada
que ver con el amor.

EL FISCAL. Las pruebas contra usted son contundentes: viaja por la
Isla haciendo contacto con los juramentados; ha escrito un
poema donde habla de crimen y sangre; es un individuo peli-
groso, vago e inútil. Y como prueba concluyente se ha casado
con una negra. Queda comprobado que sus propósitos son
acabar con la raza blanca y por lo tanto será fusilado por la
espalda.

Pasos militares.

PLÁCIDO. Querida esposa mía: el llanto que te pido a mi memoria es
que socorras a los pobres siempre que puedas y mi sombra
estará tranquila y risueña. No dejes expresiones a ningún
amigo porque sé que en el mundo no los hay. (*Los pasos mili-
tares aumentan. Una voz grita: ¡Fuego!*) Y te esperaré, te esperaré
en la eternidad, ante Dios, para aclarar cuentas. Y mi sombra
te perseguirá. Como un búho mi sombra te seguirá a todas
partes, en lo oscuro de la noche, y apareceré en tus pesadillas,
te miraré con mis ojos de búho y haré que te arrepientas de
este crimen. (*Una voz grita: ¡Fuego!*) ¡Adiós, mundo, adiós, Cuba,
no hay piedad para mí!

Los negros cantan tristemente. Plácido camina lento hacia la oscuridad. Aparece el Mendigo y se acerca a Milanés.

MILANÉS. ¿Ya?

MENDIGO. ¿Quieres esperar?

MILANÉS. No. Mientras más pronto mejor.

MENDIGO. ¡Espera! Me he aficionado a los números. En los distintos procesos instruidos por la Comisión Militar de Matanzas fueron comprendidas más de cuatro mil personas, blancas y de color. Setenta y ocho fueron condenadas a muerte y ejecutadas. Cerca de seiscientas condenadas a presidio y más de cuatrocientas expulsadas de la Isla. Durante los procesos murieron más de trescientos negros. A estas cifras debe agregarse un gran número de esclavos que huyeron a los montes y se apalencaron, más tarde fueron asesinados. Y muchos apelaron al suicidio. *(A Milanés.)* ¿Estás dispuesto?

MILANÉS. Sí.

MENDIGO. No será fácil.

MILANÉS. Nunca pensé que iba a ser fácil. Tiemblo un poco.

MENDIGO. Es natural.

MILANÉS. ¿Qué haré si no puedo soportarlo?

MENDIGO. Grita.

MILANÉS. Pensarán que deliro.

MENDIGO. Estás delirando.

MILANÉS. Vamos, vamos ya. Creo que mi vida no ha sido más que una preparación para esta hora. *(Milanés extiende los brazos y el Mendigo le va desnudando el torso.)* ¿Con qué me amarrarán las manos?

MENDIGO. Con una sogá.

MILANÉS. ¿Así tiene que ser?

MENDIGO. Así cuenta la historia que se hizo con los que torturaron en tu ciudad. Atado su cuerpo a lo alto de una escalera, cada muñeca estaba sujeta con cordeles que apenas permitían circular la sangre, al tiempo que les estiraban los brazos por encima de la cabeza hasta oír el crujido de las articulaciones de los hombros. Los pies y las piernas quedaban extendidos del mismo modo, amarrados a la parte inferior del instrumento de tortura con un cordel que volvía a cruzar por los riñones y la espalda, ligando todo el tronco del infeliz, dejándolo inmóvil. En esa posición y a punta de foete prestaban declaraciones.

Mientras el Mendigo habla, Milanés se coloca en la escalera en la posición descrita. Aparece el Negro 2 con un foete.

NEGRO 2. ¿Por qué escribiste contra la esclavitud?

MILANÉS. Porque no podía soportar la crueldad de unos hombres contra otros.

NEGRO 2. Si no has probado el látigo no sabes lo que es crueldad.

MILANÉS. Conozco otra crueldad. Yo había sido humillado.

NEGRO 2. Nosotros también, pero hasta un extremo que tú no eres capaz de imaginar.

MILANÉS. Aquí estoy. Despiértame la imaginación.

El Negro 2 lo azota.

MILANÉS. *(En un delirio.)*

En la alta cruz, ante el bramar enhiesta
de un pueblo atento al fraude, al mando, al oro,
con el manto ceñido del desdoro
el hombre -Dios exánime se acuesta.

Herido: sólo a la impiedad contesta:

«por ellos, padre amado, a ti te imploro»
y bañada la faz en filial lloro:

«cúmplase en mí del todo tu ley esta».

Del templo en impensada terribleza
rasgose el velo; funeral suspiro
la tierra alzó, sin sol en su tristeza.

Murió... ¿Quién? Quien compuso cuanto admiro.

¿Por quién? Por mí, que en mi feroz crudeza,
¡sin deshacerme en lágrimas lo miro!

DEL MONTE. *(Aparece y grita a Milanés.)* Milanés, no seas impío, es locura y orgullo lo que haces.

MILANÉS. Ah, Domingo, ahora apareces, tan tarde.

DEL MONTE. Estaba lejos.

MILANÉS. Sí, tan lejos que hubiera podido quedarme ronco gritando.
(Un latigazo del Negro y un grito de Milanés.)

DEL MONTE. Me dijeron que tenías accesos de delirios.

MILANÉS. ¿Delirios? ¿No ves que estamos en el círculo más profundo del infierno? Todos me dejaron solo. Necesitaba un amigo y tú te fuiste.

DEL MONTE. Tenía que salvar a mi familia.

MILANÉS. Y mientras tu barco se alejaba de las costas, la Isla entera se convertía en un cañaveral incendiado y mi ciudad en una ergástula donde los lamentos y la sangre me impedían respirar.

DEL MONTE. ¿Y qué podía hacer? Yo estaba más comprometido que tú.

MILANÉS. Estar aquí. Aterrorizado, pero estar aquí. ¡Ah, Domingo, qué gran pesadilla te perdiste!

DEL MONTE. No iba a quedarme en este país que podía ser reducido a cenizas por una raza salvaje.

MILANÉS. ¿Raza salvaje? ¿Pero no habíamos hablado de la misión del poeta? ¿Raza salvaje? Ahí están las cartas donde nos

instabas a Federico y a mí a escribir sobre los temas negros. Habíamos dicho que la raza negra era el minero de nuestra mejor poesía. ¿Y ahora es salvaje? Ah, no puedo comprender. ¡Cómo! Todas aquellas lágrimas leyendo la autobiografía de Manzano. Y Manzano está ahora metido en un hueco, sin decir una palabra, encerrado en una mazmorra en la Vigía, a pesar de las buenas intenciones, la filantropía, la colecta...

DEL MONTE. Cálmate, Milanés.

MILANÉS. Estoy asqueado. Es muy cómodo incitar a los demás, proponerles un tema, una misión, hablar de sacrificarse por una causa social y después... ¡adiós, palmas!

DEL MONTE. Hablemos con serenidad.

MILANÉS. Ya no hay tranquilidad para tener tertulias.

DEL MONTE. Eres injusto conmigo.

MILANÉS. Aspiramos siempre a una sociedad justa. Y ahora hay cientos de negros amarrados a una escalera.

DEL MONTE. ¿Y yo qué puedo hacer? ¡Qué frágil es la mente!

MILANÉS. No podemos hablar. Las palabras no tienen sentido, son chispas, fuegos fatuos, pompas de jabón. Y los amigos..., los amigos... ¡Ya ves! Si había que estar por la abolición había que estar hasta el final.

DEL MONTE. Una cosa es estar por la abolición, teóricamente, y otra entregar el país al salvajismo. Pero claro, aquí es difícil conversar. La incultura nos impide una comprensión de problemas tan complejos. Somos un injerto de español y mandinga, los dos últimos eslabones de la raza humana. ¿Qué podemos esperar? Yo proponía eliminar la trata, lograr la emancipación paulatinamente y propiciar la inmigración blanca para convertir esta Isla en un país civilizado.

MILANÉS. No, no podemos hablar. Ya no nos entenderemos nunca. Me siento traicionado.

DEL MONTE. Yo nunca hablé de insurrecciones.

MILANÉS. Yo no te oigo.

DEL MONTE. No tengo que justificarme. Usted no es mi juez.

MILANÉS. Ya no lo oigo. Sus labios se mueven, simplemente. No hay sonidos.

DEL MONTE. Yo seguí luchando por mi país. Desde lejos traté de incitar a los más lúcidos para lograr mejoras.

MILANÉS. Ya no lo oigo. España está muy lejos, su voz no me llega. Hemos muerto con un mar por medio.

DEL MONTE. Milanés, yo traté de evitar este horror. Para los grandes movimientos sociales hay que estar preparados. Desde un punto de vista humano la esclavitud es una abominación, pero es imposible lograr la emancipación si previamente..., las circunstancias..., es decir...

La voz de Del Monte se convierte en un murmullo hasta perderse y su figura desaparece en la penumbra. El Negro 2 se adelanta.

- MILANÉS. (*Delirando.*) No oigo, no oigo nada.
- NEGRO 2. Tendrás que oírme. Alguien tiene que oírme y saber lo que nos pasa.
- MILANÉS. (*Al Negro 2.*) ¿Qué dices?
- NEGRO 2. ¿Comprendes por qué encendimos la tea?
- MILANÉS. Yo estaba contra toda la violencia.
- NEGRO 2. ¿Y cómo se lucha contra esta violencia? (*Le muestra el látigo.*)
- MILANÉS. Ahora no podrás decir que no comprendo tus dolores.
- NEGRO 2. Y entenderás nuestra violencia.
- MILANÉS. No, no, eso no. Hay que encontrar otro camino.
- NEGRO 2. El único: ojo por ojo y diente por diente. Fueron miles los perseguidos y azotados. Los más débiles se suicidaron. Otros murieron en la escalera sin decir una palabra. Me tocó esa suerte. El rencor comiéndome por dentro, mordiéndome los labios para no gritar.
- MILANÉS. Muchos blancos fueron encarcelados.
- NEGRO 2. No fue igual. Se dictó contra ellos orden de detención. No se les persiguió como fieras. Tú lo has dicho, fueron encerrados en cárceles, donde los familiares los visitaban y los amigos hacían gestiones para que se les celebraran procesos legales. Y después todos fueron libertados. A los esclavos, no.
- MILANÉS. ¿A dónde quieres llegar?
- NEGRO 2. Los esclavos no teníamos amigos ni dinero. Nos amarraron a esa escalera y nos azotaron así. (*Lo azota.*) Ningún blanco alzó la voz para pedir piedad. Estaban demasiado asustados, asintiendo a todo con su silencio. Algunos dejaron de visitar a sus amigos para no comprometerse. Siempre igual: arriba los blancos, protegidos por las leyes que hicieron para sí mismos; más abajo los libres, pardos o morenos, que todavía tenían algo que dar a cambio; abajo, en el fondo, nosotros, los esclavos, que sólo teníamos los grillos y el cepo.
- MILANÉS. Cállate. Ya he admitido la culpa. Tengo derecho al silencio.
- NEGRO 2. Llenaremos tu silencio de voces; los gritos de los que murieron en la escalera, el clamor de los que huyeron a los campos y se colgaron de los árboles...
- MILANÉS. ¡Isa, Isa!
- NEGRO 2. Nada de evasiones. Nosotros también tenemos derecho a la libertad.
- MILANÉS. ¿No es hora ya de amor?
- NEGRO 2. Enfréntate al látigo.
- MILANÉS. Sueños siempre juzgué mis sensaciones.
- NEGRO 2. Mira la escalera tinta en sangre.

MILANÉS. Me encuentro lejos del puerto,
sin vela, timón ni sonda.
NEGRO 2. Abre los ojos, clava la mirada en el horror.
MILANÉS. La gallarda ilusión que toda es aire.
NEGRO 2. Los negros condenados se pudren en las cárceles españolas.
MILANÉS. Los dos sencillos floreros
en la mesa de caoba.
NEGRO 2. Plácido está muerto y enterrado.
MILANÉS. La blanca quinta entre el montón de palmas.
NEGRO 2. Manzano no escribirá una palabra más. Enmudeció de
terror.
MILANÉS. ¡Isa, Isa!

*El Negro 2 lo desata de la escalera. Carlota se acerca, le seca la
cara con un pañuelo y lo cubre con la capa.*

PASTORA. (*Acercándose.*) Te lo dije, Pepe. Había que limpiar. Todo era
inmundo y corrompido y nosotros teníamos que esforzarnos
para encontrar la pureza. Yo lo sabía, y en cualquier cosa que
miraba o tocaba sentía el hedor del mundo. Quisiste participar
de la vida y el mundo no era para nosotros. Nosotros, tú y yo,
no teníamos nada que hacer aquí. Ahora estás callado como
yo. Ahora no puedes hacer nada más que esperar y esperar y
esperar. Después el cielo se tomará su venganza y el ciclón
azotará la Isla, vendrá la gran sequía y vendrán las plagas y
el ganado morirá en los campos y todo se secará y viviremos
en el desierto.
CARLOTA. Qué pálido está. (*Llama.*) ¡Fico!

Federico se acerca.

MILANÉS. Quiero ver el mar.
MENDIGO. Y te llevaron junto al mar y estuviste algunos días en la
playa.
MILANÉS. Cuando pase el tiempo comprenderán lo que sentí por
Cuba. No hubiera podido vivir en ninguna otra parte.
MENDIGO. No te olvidarán. Sembraste la esperanza y no te olvidaron.

En el cortejo cantan:

Hijo de Cuba soy: a ella me liga
un destino potente, incontrastable:
con ella voy: forzoso es que la siga
por una senda horrible o agradable.
Con ella voy sin rémora ni traba,
ya muerda el yugo o la venganza vibre.

Con ella voy mientras la llore esclava.
Con ella iré cuando la cante libre.
Buscando el puerto en noche procelosa
puedo morir en la difícil vía:
mas siempre voy contigo..., ¡oh Cuba hermosa!,
y apoyado al timón espero el día.

Se oyen las campanadas de duelo. Por un lado del escenario entran los locos y observan.

MILANÉS. (A Carlota.) Hace veinte años que estoy enfermo.
MENDIGO. Como se dice en las biografías, esas fueron tus últimas palabras.
MILANÉS. ¿Y nada más?
MENDIGO. Para ti, nada más.
MILANÉS. Oigo otra vez las campanas.
MENDIGO. Alguien recuerda tu muerte.
MILANÉS. Debemos seguir el cortejo.
MENDIGO. No, los poetas no se entierran. Viven cada vez que se abre un libro.

Milanés se levanta, deja caer la capa, se dirige hacia los locos y se pierde en la oscuridad con ellos, seguido por el Mendigo. Carlota recoge la capa.

CARLOTA. Ya soy vieja. Lo cuidé día y noche, asistí a su silencio de todos estos años sin saber qué pasaba por su frente. Un silencio más aterrador que los gritos y el delirio. Ya soy vieja, ahora puedo descansar. Me merezco el descanso y una vejez tranquila. No puedo esperar otra cosa. Ya soy vieja. Estoy vieja. Me miro al espejo y no me reconozco. Piedad, Señor, ahora ten piedad de nosotros y déjanos descansar en paz.

Deja la capa sobre un mueble y desaparece. Federico pasea entre los objetos que hay en el escenario. La luz va iluminando su paso y queda en cada uno de los objetos o muebles que toca o mira. A mitad del texto se pierde en la oscuridad.

FEDERICO. Ya vuelven otra vez las tardes de oro del templado Noviembre. Ya en la playa más encrespado el mar y más sonoro tiende más bello su espumosa raya. Límpido el aire está. Ya el soplo de los nortes bullicioso vivaz discurre sobre loma y llano; ya vuelve a Cuba, ¡oh Dios!, el tiempo hermoso,

el tiempo hermoso en que murió mi hermano.
Adiós por siempre.
Adiós al disco de oro que se pierde
en el extenso y cárdeno horizonte.
Adiós al mucho azul y mucho verde
que enlazan cielo y mar y valle y monte.
Adiós al libro, que sincero amigo,
le dio solaz en la tranquila casa.
Adiós también al pálido mendigo
que por la calle sollozando pasa.
Adiós al gran llover en noche oscura
que en abrigado hogar suena propicio.
Yo lo bendigo. Porque fue divina
piedad para aquel hombre a su funérea
fosa bajar, al pie de la colina,
llena la mente de la lumbre etérea.
Luz serena también que, en noche grave,
mientras la tempestad alta rugía,
junto al timón de contrastada nave
ver esperó cuando brillase el día.

*Los personajes del cortejo han desaparecido. Sólo quedan los
objetos iluminados por una luz blanca. El Mendigo coloca en el
centro un libro, las Obras de Milanés, y se aleja. La luz crece.*

FIN

